

CUADERNOS DE HISTORIA 20

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2000



APORTES DE DON GUILLERMO FELIÚ CRUZ A LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA

*Cristián Guerrero Yoacham
Cristián Guerrero Lira
Universidad de Chile*

“Fue Guillermo Feliú Cruz por antonomasia un investigador y un historiador. Continuaba la tradición que engrandecieron los maestros: Amunátegui, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, Barros Arana, José T. Medina y bajo la cariñosa vigilancia de sus profesores, que siempre recordaba, Julio Montebruno, Enrique Matta Vial y Luis A. Puga... alcanzó muy joven una portentosa erudición. Sintió la historia patria, en el marco americano geográfico, y la sintió como algo íntimo y personal. Los libros fundamentales de su pasmosa bibliografía narran las etapas del descubrimiento de esa conciencia historiográfica de un pueblo que se siente implicado en un proceso singular y trascendente, guiado en sus realizaciones por un propósito colectivo, marchando confiado hacia un destino común. Amaba y comprendía a Chile e hizo llegar este noble mensaje a sus numerosos alumnos explicando a sus discípulos la interacción de los sucesos gloriosos que afirmaron la nacionalidad. Supo extraer del pasado siempre presente en las grandes tradiciones los propósitos rectores que transformaron a este lejano país desde la temprana cultura aborígen hasta la conciencia suprema de una patria libre y soberana, basada en los esfuerzos de una autoafirmación positiva que nos diera la estructura de democracia abierta, libre y humanitaria siempre en devenir de progreso... Fue Guillermo Feliú Cruz el historiador que ha expuesto con claridad el desarrollo de la autoconciencia patria en el proceso historiográfico, y por eso sus libros, monografías, ensayos y compilaciones forman uno de los instrumentos más valiosos para asentar sobre

bases objetivas los juicios de valor que hacen de nuestro pueblo un arquetipo del esfuerzo para realizar grandes empresas ciudadanas”¹.

El párrafo transcrito –opinión de don Eugenio Pereira Salas, ex alumno, amigo y compañero de trabajo de don Guillermo Feliú Cruz– es una apretada y completa síntesis de la vida y obra de uno de los más destacados historiadores chilenos del siglo XX.

Hijo de Guillermo Feliú y Blanca Cruz, don Guillermo Feliú Cruz nació en Talca el 3 de mayo de 1900. Realizó sus estudios primarios en un colegio de su ciudad natal. Cuando su familia se trasladó a Santiago, el joven Feliú fue matriculado en el Instituto Nacional y más tarde en el Liceo de Aplicación, donde fue alumno de destacados maestros, especialmente de don Julio Montebruno López.

Desde su adolescencia mostró un decidido interés por los estudios históricos, vocación que fue estimulada por el profesor Montebruno, quien, más tarde, afirmó que “Feliú Cruz se distinguió desde muy niño por su talento, carácter y extraordinarias aptitudes para las investigaciones históricas”². En forma recíproca, el señor Feliú siempre manifestó gran admiración por su maestro, como lo testimonian sus propias palabras:

“... mi pupila recoge la imagen amable, dulce y cariñosa del Rector del Liceo de Aplicación don Julio Montebruno, un pedagogo esclarecido, una inteligencia penetrante y un corazón rebosante de generosidad y comprensión. Estaba dotado de un don de exposición atrayente y subyugante. Era autor de textos fascinantes de historia y geografía universales, que despertaban nuestra atención por la esmerada forma en que estaban escritos, con arte, con poesía, con belleza, cualidades de esteta que denunciaban la sensibilidad de su ascendencia italiana. Las maravillosas láminas de sus libros nos entusiasmaban y eran

¹ Eugenio Pereira Salas, “Eminente trayectoria intelectual de don Guillermo Feliú Cruz. El historiador”, *El Mercurio* (Santiago), 9 de diciembre de 1973, p. 4. Del mismo autor, “Discurso del Presidente de la Academia Chilena de la Historia, don Eugenio Pereira Salas”, en la “Junta Pública para entregar la Medalla de Honor de la Academia a don Guillermo Feliú Cruz”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 86, Santiago, 1972, pp. 107-112; “Guillermo Feliú Cruz. Discurso en sus funerales”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 87, Santiago, 1973, pp. 291-292 y “Guillermo Feliú Cruz, el historiador”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Segunda época, N° 6, Mendoza, 1975, pp. 1041-1044.

² Transcrito por Julio Heise, “Guillermo Feliú Cruz, maestro e historiador”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 142, Santiago, 1974, p. 172.

motivo para que, con ahínco y pasión, nos volcásemos en el estudio. Casi con sus propias palabras, podría repetir ahora lo que le oí exponer magistralmente en la clase en que nos disertó sobre el siglo de Pericles. Y de esto hace largo más de un cincuentenario”.

Más adelante el señor Feliú agrega:

“Al traspasar los umbrales de ese gran colegio, yo venía expulsado por actos continuos y reiterados de indisciplina sin importancia, pero que alteraban la paz, de otro gran colegio, el Instituto Nacional. Veo a mi madre pidiéndole, con lágrimas, a don Julio, comprensión para el hijo rebelde y se la dio el bondadoso Rector, entregándome responsabilidades en la vida de la comunidad colegial. El mozuero insurrecto fue, con las responsabilidades que le cayeron a su haber, un muchacho de orden, severo en el cumplimiento de sus obligaciones, rígido consigo mismo, para así imponer a otros compañeros las normas que eran indispensables en la conveniencia de la muchachada liceana. Debo más todavía a Julio Montebruno. Amparó con decisión la vocación irresistible que sentía por la historia y la investigación. Allí, en el Liceo de Aplicación, bajo su cordial protección, encontré la ayuda, el amparo y el calor, para satisfacer las que eran las íntimas y definitivas orientaciones de mi espíritu. Cada año, cuando este finalizaba, don Julio sostenía batalla con los profesores de los ramos científicos para obtener, mediante una nota mínima, mi promoción”³.

La vocación historiográfica del señor Feliú comenzó a manifestarse muy temprano. En 1916, cuando solo tenía 16 años de edad, publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* su primer trabajo titulado “Un punto histórico. ¿Quién venció en San Juan?”⁴, que trata del desempeño del General José Francisco Gana en la Guerra del Pacífico, producto de sus lecturas e investigaciones realizadas en la Biblioteca Nacional, que se convirtió en el centro de sus actividades.

Relata don Guillermo Feliú que cuando el profesor Montebruno abandonó el rectorado del Liceo de Aplicación para asumir la dirección del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile,

“Perdí un apoyo; sentí que naufragaba, y tuve por primera vez, la amarga sensación de soledad. Sin esperanzas de avanzar en los estudios, traspasado a un curso superior, debía con dos ramos científicos atrasados del quinto año,

³ “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz” (Agradeciendo Medalla de Honor otorgada por la Academia Chilena de la Historia, 24 de noviembre de 1972), *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 86, ya citado, pp. 114-115.

⁴ *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 23, Santiago, 1916, pp. 425-447.

afrontar, al mismo tiempo, todos los exámenes del sexto. Fui incapaz siquiera de hacer un esfuerzo para entender las materias pendientes de esos ramos. ¡Oh! el martirio de la física, de las matemáticas. Y a mi cuenta, a mi favor, estaban las excelencias de mis aptitudes para las asignaturas humanísticas. Corté en 1919 los estudios en un acto de desesperación, de odio, de desprecio, de impotencia, de dolor, de insuficiencia, de incapacidad para aprehender lo que otros, con menos viveza que la mía, sin la imaginación de que estaba dotado, torpes, en verdad, obtenían sin esfuerzo. Los años que pacifican las pasiones, que imponen la reflexión y abren camino a la sensatez, me enseñaron que mi incapacidad no era más que un inarmónico desequilibrio intelectual. Me embebía en encantadoras lecturas históricas; me afanaba en investigaciones de este género y descuidaba, hasta el desprecio, estudio de ramos que nada tenían de extraordinarios”⁵.

El señor Feliú se sintió “huérfano del apoyo de Julio Montebruno” y la Biblioteca Nacional pasó a ser su segundo hogar. Allí “hombres buenos me tomaron de la mano para conducirme”. Ellos fueron Tomás Thayer Ojeda, Enrique Blanchard-Chessi, Emilio Vaïsse (Omer Emeth), Ramón A. Laval, Juan Salas Errázuriz, Carlos Silva Cruz, Agustín Palma Riesco y, por sobre todo, don Enrique Matta Vial,

“... un alma rica en generosidad, una inteligencia deslumbrante, de la cual fluía, como de una vertiente límpida, sano criterio, ponderada sensatez, noble inspiración, amor por la juventud. En su formidable y bien organizada cabeza, los libros, los estudios sobre la historia y la bibliografía y la documentación nacionales se encontraban hechos, y con desprendimiento sin precedentes, los entregaba a los jóvenes, a cuantos quisieron servirse de los tesoros que guardaba en su memoria... ¡Sombra queridísima de Enrique Matta Vial! La evoco con un sentimiento del más puro amor filial. La atraigo a mi memoria con venerado respeto. Los rasgos de este claro varón, sin perder ninguno, a una distancia justamente de cincuenta años de su partida, anímanse en mis recuerdos con la fuerza de lo cincelado en el granito. ¿Y sabéis por qué? Porque le debo lo que soy, absolutamente toda mi formación intelectual y mucha parte de las condiciones morales que hacen mi carácter. Es esta una confesión solemne, manifestada a la altura de los años que cargo, es decir, a los setenta y dos, y lo hago como manifestación de gratitud para su memoria envuelta ahora en ese mundo misterioso de las sublimaciones, de las esperanzas, de los suspensos, de las evocaciones inspiradas en el amor”⁶.

⁵ “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, ya citado, p. 115.

⁶ “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, pp. 115-116. Véase también Guillermo Feliú Cruz, *Don Enrique Matta Vial. Su vida y su obra. Su acción en el desarrollo de la cultura intelectual chilena*. Prólogo de Armando Donoso, Santiago, Imprenta Cervantes, 1923, 99 pp.

En 1917, don Enrique Matta Vial llevó al señor Feliú como nuevo miembro a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía –que había fundado en 1911– y al año siguiente la Sección Historia de la corporación le nombró en el cargo de Secretario que desempeñó hasta 1923.

Así, con el apoyo del profesor Montebruno y especialmente de don Enrique Matta Vial, el señor Feliú Cruz inició su formación autodidacta y logró se le incorporara, en agosto de 1920, como funcionario de la biblioteca del Instituto Nacional, gracias a la acogida que le prestó el rector Juan Nepomuceno Espejo. El decreto respectivo que le nombró en este su primer cargo fiscal lleva las firmas del Presidente Arturo Alessandri Palma y de su Ministro de Justicia e Instrucción Pública, don Armando Jaramillo⁷.

En la biblioteca del Instituto Nacional, guiado metódicamente por don Enrique Matta Vial, el señor Feliú continuó sus trabajos de investigación y profundizó sus lecturas:

“... nunca jamás –escribió más tarde– hubo mozo alguno que leyera tanto y tanto como yo... ¡Qué no leí hacia aquella época dichosa en los amplios y luminosos salones de la Biblioteca del Instituto Nacional! Y mientras avanzaba en el saber de la pura cultura libresca, sin someter el espíritu a buscar la verdadera cultura en los matices de ese don admirable que se llama la reflexión del alma, crecía mi ambición en una aspiración imposible. ¿No podría llegar algún día a la docencia universitaria para enseñar con fervor la historia de mi patria? Pero yo era un autodidacta, sin el título oficial para ello, y al comprender la larga distancia que separaba mi anhelo de esta meta, entendí que sólo era posible allanarla con méritos, con antecedentes, con estudios que no merecieran una discusión siquiera, y si no, con una dedicación sin igual hacia ellos”⁸.

⁷ Refiriéndose al Presidente Alessandri Palma, el señor Feliú escribió en 1972: “... ya antes de 1920, me encontraba, como los jóvenes partidarios suyos, muy cerca de la amistad acogedora que nos dispensaba, tan llena de atractivos y bondades. Arturo Alessandri siempre, y hasta hoy, se me presenta como Sísifo. Cargaba un mundo de sorpresas, todas, una a una cumplidas. Cordial, atrayente, venturoso en el decir, con un verbo cálido que hablaba de ensoñaciones y señalaba un mejor porvenir para la justicia social, de suave y cariñosa mirada, sencillo en las costumbres, audaz hasta la temeridad en las decisiones, poseído de un poderoso coraje cívico y de un espíritu admirable; generoso aun con los enemigos, pocos hombres he conocido dotado con mayor nobleza de carácter y mejor y más amplia voluntad para hacer el bien. Tenía otra extraña condición: la intuición, don de Dios que le hacía ver el futuro como consecuencia de los actos del presente. Desplegaba la vista, la imaginación, hacía lo inconocible como si estuviera situado en otro tiempo”. “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, p. 118.

⁸ “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, pp. 118-119.

En 1921 el señor Matta Vial fue nombrado Director del Museo Histórico Nacional para reemplazar interinamente a don Joaquín Figueroa Larraín, y el señor Feliú Cruz pasó a desempeñarse como Conservador, cargo que quedaba vacante por renuncia del genealogista, historiador y escritor –Premio Nacional de Historia 1978– Juan Luis Espejo Tapia.

En 1922, el señor Feliú pasó a dirigir la *Revista Chilena*. En 1925 falleció don Enrique Matta Vial, y con ello el señor Feliú “había perdido el más significativo sostén de mi vida”⁹, pero en la Biblioteca Nacional, que no había dejado de visitar asiduamente, “había de encontrar otro que me condujera en las investigaciones históricas”. Este nuevo maestro fue don José Toribio Medina, que “se encontraba hacia esa época en la plenitud de su gloria universal de historiador, de bibliógrafo, de crítico, de lingüista; de varón versado en ciencias naturales y antropológicas, en todas las cuales era autoridad; erudito cabal en cuantas disciplinas abarcó; genio de la investigación, escritor fecundísimo, de voluntad inverosímil para el trabajo, verdadero tipo renacentista”. Más adelante el señor Feliú agrega:

“Le fuí conociendo cada día más y él, a su vez, cautelosamente, me observaba, seguía mis pasos. Después de la aparición de mi estudio bibliográfico sobre su labor, y de varios artículos míos que versaban sobre los últimos libros del historiador y bibliógrafo¹⁰, la amistad se estrechó. Le guardaba una respetuosa consideración, como era natural, y me mantenía a una distancia que mi mocedad estimaba como indispensable. No era fácil intimar con Medina. Su gigantesca personalidad, cierta reserva en su manera de ser y la ausencia de una confianza que no se expandía desde el primer momento, ponían distancia que sólo el trato diario lograba acortar. Todo esto lo quebró la frecuencia de las visitas a su hogar, donde comencé a valorar el calor de su afecto”¹¹.

⁹ “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, p. 120.

¹⁰ Sería muy largo enumerar aquí las diversas obras del señor Feliú en que analizó los trabajos de don José Toribio Medina y los catálogos que confeccionó de la Biblioteca Americana del polígrafo. Todo ello se encuentra minuciosamente inventariado en el excelente trabajo de Manuel Cifuentes Arce y Guillermo Fuenzalida Maldonado (ambos ex alumnos y colaboradores del señor Feliú), “Ensayo para una bibliografía de Guillermo Feliú Cruz (1916-1972)”, Neville Blanc (Ed.), *Homenaje al profesor Guillermo Feliú Cruz*. Santiago, Biblioteca del Congreso Nacional-Editorial Andrés Bello, 1973. Sin embargo, recomendamos al lector dos trabajos principales: Guillermo Feliú Cruz, *José Toribio Medina. Historiador y bibliógrafo de América*, Santiago, Editorial Nascimento, 1952, 254 pp., y Guillermo Feliú Cruz, *Medina. Radiografía de un espíritu (1852-1930)*, Santiago, Nascimento, 1952, 102 pp.

¹¹ “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, pp. 120-121.

Empero, la constancia en el trabajo, las ansias de recibir cuanto fuera posible de parte de don José Toribio Medina, la disciplina y orden, la apertura de espíritu del joven de 25 años, quebraron la barrera y el señor Medina “llegó a otorgarme un acto de confianza sin igual para mi personalmente y para la valorización de mi modesta vida intelectual, al pedir al Gobierno, en la nota en la que hizo donación de su biblioteca y archivo, en el año 1925, a la Biblioteca Nacional, mi designación como Conservador de ese riquísimo repositorio instalado en tres magníficas salas que honran la cultura del país”¹². La carta del señor Medina a don Carlos Silva Cruz, Director de la Biblioteca Nacional, fechada en Santiago el 21 de noviembre de 1925, en la que hace donación de su biblioteca y archivo y pide la designación del señor Feliú, es del siguiente tenor:

“Tengo el agrado de manifestar a Ud. que mi Biblioteca y Archivo, compuestos de 22.000 volúmenes y de cerca de 500 tomos manuscritos relativos a la historia americana, será donada por mí a la Biblioteca de la cual Ud. es Director, reservándome, naturalmente, el derecho de dictar el reglamento bajo el cual será conservada y consultada en la sala que en el nuevo edificio se construye para ella y que debe llevar mi nombre. Para que siempre quede testimonio del contenido de esta donación y pueda mi Biblioteca y Archivo consultarse inmediatamente después de su traslación, es indispensable proceder a la impresión del catálogo que ya está hecho y para lo cual se necesita la suma de diez mil pesos, que podrá consignarse en el Presupuesto del año próximo. Vería yo también con agrado que para el cargo de Conservador de mi Biblioteca y Archivo, fuese nombrado mi amigo don Guillermo Feliú Cruz, persona especialmente preparada en la investigación histórica y en el conocimiento de la bibliografía americana, quien entraría a percibir el sueldo que se le asigne desde el momento mismo en que la Biblioteca quede instalada y con su catálogo impreso. Me es grato saludar a usted muy atentamente. J. T. Medina”¹³.

Mediante decreto fechado el 11 de diciembre de 1925, el Gobierno aceptó la donación hecha al Estado por el señor Medina y confirmó a don Guillermo Feliú en el cargo de Conservador.

A la fecha de la donación, el señor Feliú había confeccionado el catálogo de la biblioteca del señor Medina, obra en 4 gruesos tomos. Según el profesor Rolando Mellafe Rojas —ex alumno del señor Feliú, su Ayudante en la Cátedra

¹² “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, p. 121.

¹³ El texto de la carta en *Trama*. N° 2, Santiago, Biblioteca Nacional, 1984, p. 65, y en Feliú, *José Toribio Medina. Historiador y bibliógrafo de América*, pp. 191-192. Esta última versión suprime una frase elogiosa del señor Medina sobre don Guillermo Feliú.

de Historia de Chile del Instituto Pedagógico, ex Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y Premio Nacional de Historia 1986— el joven Feliú era considerado como “una especie de niño prodigio de la historia”. Cuenta el profesor Mellafe que “Don Crescente Errázuriz, fue un día donde José Toribio Medina para que le leyera uno de sus manuscritos. Este le dijo “Don Crescente, yo ya soy un hombre viejo... vaya donde Guillermo Feliú...”¹⁴.

En uno de sus estudios sobre su amigo y maestro, el señor Feliú escribió: “... Medina trabajó con datos y, excluyó las generalizaciones; empleó el análisis como en las ciencias químicas; ordenó los conocimientos de sus investigaciones sin querer desprender lecciones... La solidez su obra gigantesca está precisamente en este riguroso sistema de trabajo”¹⁵.

El mismo año 1925, don Julio Montebruno López, Director del Instituto Pedagógico, de acuerdo con el profesor Luis Puga Rojas, catedrático de Historia de América, incorporó al señor Feliú a la docencia, “satisfaciéndose, de este modo una de mis caras aspiraciones y que yo siempre ví como algo inalcanzable. Me nombró en el último cargo de la docencia, como Jefe de Trabajos Prácticos de la Sección de Historia de Chile del Departamento de Historia”¹⁶. Dirigía la Sección Historia el profesor don Luis Puga¹⁷.

Así, a los 25 años de edad, el señor Feliú inició una brillante carrera académica en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, que pasó por varios momentos significativos: En 1928 fue nombrado Profesor Auxiliar de Historia de Chile; en 1932 se recibió de Profesor Extraordinario de la misma cátedra; desde allí en adelante fue profesor en las célebres Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile que alcanzaron destacado prestigio internacional. En 1936 se desempeñó como docente en la Academia Diplomática; en 1938 como profesor de Historia de Chile en la Academia de Guerra y en 1954 optó, en concurso público, al cargo de Profesor Titular de la cátedra de Historia de Chile. Para postular redactó su currículum vitae en el cual resumió su trayectoria con las siguientes palabras:

¹⁴ Rolando Mellafe, “La obra de Guillermo Feliú Cruz”, en *Trama*, N° 2, ya citada, p. 57.

¹⁵ Feliú Cruz, *José Toribio Medina. Historiador y bibliógrafo de América*, ya citado, p. 7.

¹⁶ “Discurso de don Guillermo Feliú Cruz”, p. 122.

¹⁷ Véase: Eugenio Pereira Salas, “Luis A. Puga, eminente maestro”, *El Mercurio* (Santiago), 14 de febrero de 1974, y “Don Luis A. Puga Rojas (1886-1974)”, *Informaciones Geográficas*, N° 23, Santiago, Departamento de Geografía, Universidad de Chile, septiembre de 1976, pp. 3-5.

“Tengo en la actualidad cincuenta y tres años de edad. Mi formación la debo al Instituto Nacional y al Liceo de Aplicación. Si la obra que he realizado en mi vida algo vale, es justo reconozca la influencia moral e intelectual que debo a mis profesores, don Julio Montebruno, don Carlos Vicuña, don Pedro León Loyola, don Francisco Zapata Lillo, don Manuel Guzmán Maturana, don Arcadio Ducoing, don Luis A. Puga, don Carlos Silva Figueroa, don Luis Galecio, don Gustavo Fernández Godoy, don Teodoro Kausel, don José Santos Erazo. Tales maestros hacen, en la historia de la enseñanza de Chile del primer cuarto del presente siglo, una brillante legión de educadores. Por otra parte, dirigieron mi vida intelectual don Enrique Matta Vial, don José Toribio Medina, don Domingo Amunátegui Solar y don Ramón A. Laval. Si ingresé a la enseñanza, lo hice por vocación irresistible de mi espíritu. Soy un autodidacta, que llegó a enseñar por el deseo de estudiar y de formar almas, y creo, en conciencia, haberlo obtenido. Los profesores más distinguidos que hoy imparten la enseñanza en los liceos y en la Universidad han sido mis alumnos, casi sin excepción. Los que se han destacado en la carrera de la administración pública y de la política, han sido y son mis alumnos también. Tengo la satisfacción de que los jóvenes que se singularizan actualmente en la enseñanza y en los estudios históricos han pertenecido a mis cursos de Historia de Chile y han recibido mi modesta influencia. Me basta recordar algunos nombres: Julio Alemparte, Mario Góngora, Julio Vega, Hernán Ramírez, Julio César Jobet, Carlos Andrade, Víctor Gazitúa, Mariano Picón Salas, Julio Heise, Eugenio Pereira Salas, Humberto Fuenzalida, Alejandro Soto Cárdenas, Olga López, Leonardo Fuentealba, Mario Céspedes, Oscar Miranda, Virginia García Lyon, Andrés García Huidobro, Olga Poblete, Hernán Vera, Arturo Ducoing, Antonio Ruiz Urbina, Francisco Salazar”¹⁸.

El profesor Feliú Cruz sirvió durante varios años la cátedra de Historia Constitucional de Chile en la Escuela de Derecho, dictando también otras asignaturas en la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas y en la Escuela de Servicio Social, todas ellas de la Universidad de Chile. Culminó su carrera universitaria desempeñando dos importantes cargos en la Universidad. Entre 1953 y 1956, durante el rectorado de don Juan Gómez Millas, fue Secretario

¹⁸ “Antecedentes para optar a la Cátedra Titular de Historia de Chile del Instituto Pedagógico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile”, *Trama*, N° 2, pp. 63-64. Véase también: Guillermo Feliú Cruz, Profesor Extraordinario de la Cátedra de Historia de Chile desde 1932, *Antecedentes para optar a la Cátedra del Instituto Pedagógico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile*, Santiago, 1954. 45 pp. (Edición de 125 ejemplares de circulación privada, destinada a los señores profesores de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile). En las pp. 65-67 del N° 2 de *Trama*, ya citado, aparecen testimonios sobre la personalidad de don Guillermo Feliú Cruz escritos en forma de carta entre 1925 y 1927 por los señores José Toribio Medina, Domingo Amunátegui Solar, Julio Montebruno, Emilio Vaisse y Ramón A. Laval. Recomendamos su lectura.

General en la Corporación y entre 1956 y 1959, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, sucediendo al profesor Eugenio Pereira Salas.

Esta trayectoria académica se complementó con el trabajo del señor Feliú en diferentes instituciones de carácter cultural a las que perteneció: Sociedad Chilena de Historia y Geografía (1917); Academia Chilena de la Historia (1934); Sociedad Geográfica e Histórica de Guatemala (1936); Academia de la Historia de Venezuela (1937); Academia de Ciencias y Letras de Sao Paulo (1938); Instituto Nacional Sanmartiniano de La Plata (1948); Sociedad Argentina de la Historia (1949); Sociedad Chilena de Sociología (1950); Instituto Histórico del Perú (1950); Academia de la Historia de Colombia (1952); Academia de Letras de Cuba (1952); Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay (1952); Academia Nacional de la Historia de Argentina (1952); Academia de Historia Franciscana de América, Washington (1952); Asociación de Escritores y Artistas Americanos de Cuba (1952); Sociedad Latinoamericana de Sociología (1953); Academia de la Historia, Ecuador (1953); Agrupación Bibliográfica Cubana “José Toribio Medina” (1954) y Fundación de Estudios Históricos “Vicente Lecuna”, de Venezuela (1954).

Otro aspecto de la labor del profesor Feliú fue la actividad que desarrolló en bibliotecas y museos. Como ya señalamos, en 1920 fue designado en la biblioteca del Instituto Nacional y en 1921 el cargo de Conservador del Museo Histórico Nacional, donde catalogó y clasificó diferentes colecciones. El 11 de diciembre de 1925 asumió el cargo de Conservador de la Biblioteca Americana José Toribio Medina y ese mismo año fue nombrado Secretario General de la Dirección General de Museos, labor que ejerció *ad honorem*. Por encargo del Ministro de Instrucción Pública, don José Maza Fernández, preparó el reglamento que regiría la Dirección General de Museos. En 1926 el Ministro de Educación, don Alamiro Huidobro, le designó miembro de la comisión encargada de efectuar la reorganización de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional. El año 1928 integró la Sección Chilena de Bibliógrafos de la Unión Panamericana (Washington) y fue nombrado miembro de la Comisión Técnica de Cooperación Bibliográfica de Chile en los Estados Unidos. En 1933 se le designó representante de la Universidad de Chile ante la Comisión Bibliográfica de La Habana. En 1935 asumió la Jefatura de la Sección Americana de la Biblioteca Nacional y en 1938 la dirección de la Sección de Canje Internacional de la misma biblioteca. Diez años más tarde fue Jefe de la sección Fondo General de la misma institución. En 1952 asumió el cargo de Secretario General del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, organismo que nació gracias a su iniciativa, redactando él mismo la ley que le dio vida. En 1954 fue nombrado Conservador de la Sala Barros Arana de la Biblioteca Nacional (cargo *ad honorem*).

En 1960, el presidente don Jorge Alessandri Rodríguez le nombró Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos y de la Biblioteca Nacional. El profesor Feliú emprendió una ardua tarea de reorganización y modernización de la Biblioteca Nacional y de todas las bibliotecas públicas dependientes de la Dirección General a lo largo del país. Al año siguiente inició una activa campaña de prensa para defender el patrimonio bibliográfico nacional. Entabló conversaciones con parlamentarios y funcionarios de gobierno, redactó proyectos de ley, e hizo cuanto pudo por crear conciencia sobre la riqueza cultural de Chile y adoptar las medidas necesarias para su protección. Los prólogos de los *Anuario de la Prensa Chilena* que editó, hablan por sí solos acerca de la situación que vivían los archivos, museos y bibliotecas y expresan el clamor del profesor Feliú por lograr las reformas que él mismo propuso con gran conocimiento¹⁹ (19). En 1967, durante el gobierno de don Eduardo Frei Montalva, el profesor Feliú dejó la Dirección General de Archivos, Museos y Bibliotecas, y de la Biblioteca Nacional, siendo reemplazado por el profesor y académico de la lengua don Roque Esteban Scarpa.

Don Guillermo Feliú viajó prácticamente por toda América y varios países europeos, visitando universidades y centros culturales; en 1963 fundó la revista *Mapocho*, publicada por la Biblioteca Nacional, y colaboró asiduamente en diferentes periódicos y en revistas especializadas como los *Anales de la Universidad de Chile* (que dirigió entre 1954 y 1962, creando la serie Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, dividida en los rubros Filosofía, Letras, Historia, Arte, Ciencias y Educación, serie en la que colaboró don Juan Uribe Echevarría como Secretario de Publicaciones), *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, *Atenea* (Universidad de Concepción), *Revista Chilena* (que dirigiera don Enrique Matta Vial), *Boletín del Instituto Nacional*, *Boletín de la Biblioteca Nacional*, *Boletín del Seminario de Derecho Público de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*, *Clío* (Departamento de Historia, Universidad de Chile), *Antártica*, *Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* y *Revista Nacional de Cultura*, ambos de Caracas, *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires* y *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Argentina.

¹⁹ A manera de ejemplo véanse: Guillermo Feliú Cruz, *Cartas y antecedentes que el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos dirige al diputado don..... pidiéndole su apoyo en la aprobación del Presupuesto de 1956, tal como lo ha solicitado el servicio, a fin de salvar a las bibliotecas, los archivos y museos de la ruina en que se encuentran*, Santiago, Editorial Universitaria, 1965, 16 pp. Guillermo Feliú Cruz, *Anteproyecto de ley que crea la Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas del Estado*, Santiago, Editorial Universitaria, 1965, 6 pp.

Don Guillermo Feliú Cruz organizó en 1952 las actividades conmemorativas del centenario del nacimiento de José Toribio Medina, y al año siguiente fue Secretario General del Congreso Latinoamericano de Universidades realizado en Santiago.

Don Guillermo Feliú Cruz, “sabio maestro, insigne polígrafo y bibliógrafo, erudito en varias disciplinas, funcionario ejemplar”, como lo llamó el profesor Eugenio Pereira Salas²⁰, recibió en 1952 el Doctorado Honoris Causa de la American University, Washington D.C., y la Medalla de Honor de la Academia Chilena de la Historia el 24 de noviembre del 1972, distinción esta última que agradeció con un hermoso discurso autobiográfico que hemos citado repetidas veces. Víctima de una larga enfermedad falleció en Santiago, a los 73 años de edad, el 30 de noviembre de 1973²¹.

Don Guillermo Feliú Cruz casó en 1925 con Inés Silva Urzúa. Del matrimonio nacieron Guillermo y Ximena.



Guillermo Feliú Cruz, 1900 - 1973.
Dibujo de Jorge Délano Frederick (Coke),
El Mercurio (Santiago), 9 de diciembre de
1973, p. 4.
Reproducción fotográfica de C. G. Y.

²⁰ “Discurso del Presidente de la Academia Chilena de la Historia, don Eugenio Pereira Salas”, ya citado, p. 107.

²¹ Bajo el título de “Eminente trayectoria intelectual de don Guillermo Feliú Cruz”, *El Mercurio* (Santiago), 9 de diciembre de 1973, p. 4, ya citado, publicó los discursos pronunciados en las exequias del eminente profesor: “El historiador”, por Eugenio Pereira Salas; “El hombre”, por Fernando Uriarte; “El universitario”, por Manuel Salvat Monguillot y “El bibliotecario”, por Roque Esteban Scarpa, excelentes piezas para conocer la vida y obra del maestro.

Antes de entrar al análisis de la producción historiográfica del profesor Feliú Cruz, nos detendremos a considerar su concepción de la historia como ciencia. Don Eugenio Pereira Salas afirmó que

“Guillermo Feliú Cruz no comparte en forma exclusiva el dictamen de Fustel de Coloungnes, para quien el historiador más serio es aquel que está más cerca de las fuentes documentales. En el correr de los años el profesor y el erudito adquirió esa cualidad inapreciable que llamamos “conciencia histórica”, es decir, la imaginación controlada por un riguroso método y un pensar en profundidad, que permite ordenar lógicamente la serie de la cadena de los hechos del pasado que no vemos sino que intuimos, y los que queremos comunicar rectamente, evadiendo la falacia de la retórica o la imprecisión del lenguaje... En su oficio de escritor recogía Guillermo Feliú Cruz la valiosa herencia que nos legara el siglo XIX... El movimiento erudito de larga genealogía nacional que encarna el príncipe de la bibliografía americana, don José Toribio Medina, que acoge con bondad a este discípulo, con quien dialoga cotidianamente. El segundo grupo cabría en lo que llamamos historia genética que busca la justificación de los hechos en su desarrollo, en su historicidad. Diego Barros Arana es el patriarca de esta sólida hermandad espiritual que aplica la filosofía de la historia del positivismo historiográfico. Es un movimiento liberal, agnóstico, independiente de toda tesis teológica. Hay también una tercera tradición, aunque no muy enraizada. Es lo que Berheim apellida el “expresionismo histórico”, es decir, que el historiador por medio de la intuición que ha aplicado Bergson y los fenomenologistas alemanes, cree posible extraer la esencia de las cosas y la comprensión desde adentro de los hechos del pasado por procedimientos intelectuales más allá del método positivo... Guillermo Feliú Cruz no recibe indiscriminadamente este legado; lo hace con beneficio de inventario. En su trato amical con Enrique Matta Vial, Tomás Thayer Ojeda y José Toribio Medina... conoce de inspirador a oyente esas doctrinas y sobrepesa sus méritos. Va más lejos todavía y dedica su tiempo a estudiar las personalidades señeras de Barros Arana y de Vicuña Mackenna. En la empresa va adquiriendo una pasmosa erudición... Desde niño ha fijado los límites de su área de interés, la Historia de América y de Chile. No la concibe únicamente en la hispanidad recobrada después de las severas luchas ideológicas antihispánicas. América no es para él, como diría Rafael Altamira, “el cuadro geográfico en que el pueblo español demuestra nuevamente su pujanza”. Su historiografía parte de lo criollo, es decir, de los resultados de un proceso homérico de conquista y colonización. Fiel a la más estricta metodología en la rebusca, trata a la vez de cernir sus hallazgos en el sutil cedazo de una sana crítica, conjugando así las citadas tradiciones. Puede recorrer sin lazarillo los más ríspidos períodos de la historia de América en el pasado colonial y republicano, pero no olvida mirar en derredor para estudiar la confluencia de ese pretérito rebotando en el presente y que la juventud debe llevar al porvenir. A veces él mismo traspasa el límite entre la crónica que forja la historia del mañana, y su mirada se deleita en el panorama político que enjuicia, defiende o alaba de acuerdo con sus arraigados

principios democráticos... a la manera de los grandes maestros, hace recaer en la enseñanza de la historia una forma de preservar la memoria colectiva, de cultivar la imaginación; la habilidad para discutir, apreciar y comprender los hechos, formas, estilos y maneras del pasado y ver la acción del hombre en la vida social, política e intelectual... Guillermo Feliú... recorrió con seguro paso firme el camino de la erudición a la historia donde una vez más demuestra su talento creativo en lo conceptual anímico. La producción que entrega al público lector es de enormes proporciones en cantidad y calidad. Su pluma que obedece a los dictados racionalistas de su pensar, corre galana, en la trabazón lógica de sus sentencias que le permiten cumplir con elegancia de estilo las tareas que se han fijado. Su curiosidad lo lleva a las ramas caudales del fluir de los acontecimientos nacionales y americanos. Señala problemas, indica caminos, describe períodos, hechos y acontecimientos de las diversas épocas de nuestro desarrollo... ha estampado, en fin, su huella en todas las empresas historiográficas que enriquecen las fuentes del conocimiento patrio”²².

En otro escrito, el profesor Pereira Salas aseveró que don Guillermo Feliú Cruz “sintió la historia patria, en el marco geográfico americano, y la sintió como algo íntimo y personal”; por ello fue “el historiador que ha expuesto con claridad el desarrollo de la autoconciencia patria en el proceso historiográfico, y por eso sus libros, monografías, ensayos y compilaciones forman uno de los instrumentos más valiosos para asentar sobre bases objetivas los juicios de valor que hacen de lo nuestro un arquetipo del esfuerzo para realizar grandes empresas ciudadanas”²³.

En 1973, Neville Blanc editó bajo el auspicio de la Biblioteca del Congreso Nacional un grueso volumen en homenaje a Guillermo Feliú Cruz, con trabajos de destacados historiadores nacionales y extranjeros. En esta obra, los ex alumnos y colaboradores del profesor Feliú, Manuel Cifuentes Arce y Guillermo Fuenzalida Maldonado, entregaron un “Ensayo de una Bibliografía de Guillermo Feliú Cruz (1916-1972)”²⁴, en el que contabilizaron 545 publicaciones. Los autores presentaron esta bibliografía dividida en dos partes: la primera ordena las piezas en orden cronológico y la segunda en forma temática, destacando 13 ítems diferentes: Catálogos; colecciones documentales, reimpressiones y otras ediciones; crítica, comentarios y reseñas de obras; estudios bibliográficos; estudios biográficos; estudios críticos y ensayos; estudios

²² “Discurso del Presidente de la Academia Chilena de la Historia don Eugenio Pereira Salas”, pp. 109-111.

²³ Eugenio Pereira Salas, “El historiador”, *El Mercurio*, Santiago, 9 de diciembre de 1973, p. 4.

²⁴ Véase nota 10 supra. La bibliografía está inserta en pp. 1125-1200.

históricos; prólogos; conferencias, discursos y homenajes; informes sobre memorias de prueba de los licenciados en leyes y profesores de estado; política bibliotecaria; la censura cinematográfica; varios.

Ante tan impresionante cantidad de trabajos, nos hemos visto obligados a hacer una selección de las principales obras del profesor Feliú que se han constituido en aportes irremplazables en la historiografía nacional. Probablemente nuestra selección sea arbitraria y queden fuera importantes piezas, pero sí estamos seguros de que a través de las que analizaremos el lector puede obtener, a lo menos, una imagen clara y fiel de los aportes del profesor Feliú a la historiografía chilena y americana.

El 28 de junio de 1952, durante la administración del Presidente González Videla y con motivo de conmemorarse ese año el centenario del nacimiento de don José Toribio Medina, se promulgó la Ley N° 10.361, cuyo principal gestor fue el profesor Feliú Cruz, que creó el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, con el objetivo de publicar las obras del polígrafo y las de “aquellos autores chilenos y extranjeros que directamente se relacionen con los estudios realizados por él, ajustándose a una estricta investigación documental”²⁵.

En 1955 el Fondo Medina decidió publicar la segunda serie de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818)* que el señor Medina había dado a luz en 20 tomos entre 1888 y 1920. En la segunda serie se incluyó gran cantidad de material que don José Toribio no imprimió y se encomendó al profesor Feliú preparar la edición (con la ayuda de los profesores Alvaro Jara, Rolando Mellafe y Sergio Villalobos), y redactar la “Introducción” pertinente. Este fue el origen del libro del señor Feliú titulado *Historiografía colonial de Chile. Tomo I 1796-1886*, publicado en Santiago en 1958 con 502 páginas de texto, índice onomástico y 119 láminas.

El objetivo inicial de esta “Introducción” fue “apreciar en qué medida los *documentos inéditos* habían servido al progreso de la historiografía colonial”²⁶. El mismo autor señaló que “nuestro plan no estaba bien concebido”²⁷, argumentando que “toda obra de erudición tiende siempre a la búsqueda de los orígenes del asunto que el autor se propone dilucidar. El proyecto de iniciar

²⁵ *Diario Oficial de la República de Chile*. N° 22.286, Santiago, 28 de junio de 1952.

²⁶ Guillermo Feliú Cruz, *Historiografía colonial de Chile. Tomo I. 1796-1886*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1958, p. XVII.

²⁷ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XVIII.

con Medina el estudio de la historiografía colonial, desde su primera contribución histórica, en 1875, y seguirlo hasta lo que va corrido del siglo XX, debió conducirnos fatalmente a la ampliación del tema. Nos vimos obligados a considerar a los historiadores anteriores a ese año, si queríamos explicar las aportaciones de los del ciclo posterior en que nos habíamos situado, y así con más exacto conocimiento, valorizar las producciones con las que ya existían”²⁸.

Si bien los trabajos de don José Toribio Medina constituían un hito para el estudio del tema, había otros historiadores como don Diego Barros Arana y don Claudio Gay, cuyas obras se presentaban como antecedentes de la renovación de la historiografía colonial moderna. “¿Pero, había sido Gay quien exclusivamente la había intentado? Una línea demarcadora de un nuevo territorio se nos descubrió más allá de Gay. Era la que señalaba el campo en que se encontraban los cronistas... aquí encontrábase el verdadero punto de partida del estudio”²⁹.

El objetivo que persigue el libro del profesor Feliú es preciso: describir y analizar la historiografía colonial desde sus inicios y valorar, entonces, los aportes de Medina.

Para el profesor Feliú la historiografía colonial, como tal, se inició a fines del siglo XVIII, cuando surgió una tendencia que puso en duda las afirmaciones de los cronistas de los siglos anteriores. Fue en esa época cuando José Pérez García y Vicente Carvallo y Goyeneche aplicaron un criterio riguroso al examinar las obras de sus predecesores, cuestionando muchas afirmaciones, confrontando testimonios e indagando la exactitud de los hechos. El mismo autor aclara el sentido de esto último al decir que “cuando hablamos de cierto criterio riguroso, nos referimos a una actitud crítica en un plano sumamente modesto”³⁰. Pérez García y Carvallo y Goyeneche se basaron en documentación y así rectificaron y corrigieron a los antiguos cronistas. Con ellos se inició el proceso de la historiografía colonial, y por esta razón, a juicio del profesor Feliú, fueron los precursores coloniales de la renovación.

En la primera mitad del siglo XIX comenzó a gestarse una nueva etapa en este proceso. En 1844 dos tendencias iniciaron un movimiento en la historiografía nacional que “va a tener una influencia decisiva en su orientación”³¹. En ese año comenzó a circular la *Historia física y política de Chile* de Claudio

²⁸ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XVIII.

²⁹ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XVIII.

³⁰ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XIX.

³¹ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XXII.

Gay, y paralelamente, José Victorino Lastarria dio a conocer su Memoria Histórica presentada a la Universidad de Chile con el título de *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*³². Para el profesor Feliú el aporte de Gay a la historiografía fue el producto de un esfuerzo de investigación, y el naturalista francés logró “el cuadro mejor ordenado y dispuesto de un largo período”³³. El método aplicado por Gay lo convirtió en precursor de la orientación de la historiografía chilena. En el caso de la Memoria de Lastarria, “con espíritu filosófico, hacíanse en ella consideraciones acerca de la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile. La obra de Lastarria, que ya en sus propios días fue una mera cita bibliográfica, forma parte, así y todo, del proceso de formación de la historiografía colonial en su lento y gradual acomodamiento. Por eso, se la nombra”³⁴.

Según el profesor Feliú la importancia de la obra de Lastarria radica en el concepto de historia que trató de imponer el autor, concepto filosófico que sirvió para que don Andrés Bello discutiera “el valor de esa filosofía aplicada a la historia de un país que ni siquiera conocía medianamente su pasado, cuando, ni sus crónicas, ni sus tradiciones, ni sus leyendas, ni otras fuentes de información, habían merecido un ordenamiento, el estudio de ellas y la discriminación de sus valores. ¿Era posible hacer una filosofía de la historia sin hechos bien establecidos?”³⁵.

El sabio Bello dirimió la cuestión de métodos: Gay utilizó el análisis y la narración, mientras Lastarria se fue por el camino especulativo propio de la filosofía de la historia.

Según el profesor Feliú, otros autores fracasaron en este intento de renovación, específicamente Hipólito Salas y José Ignacio Víctor Eyzaguirre. Salas, aunque inspirado en los planteamientos de Bello “debió estrellarse ante la carencia de fuentes que no incidieran en la de los cronistas, y aprovechar cuantos documentos, que bien poco o nada esclarecían...”³⁶. A monseñor Eyzaguirre, hábil investigador, le faltó paciencia y perseverancia.

³² Véase *Estudios sobre José Victorino Lastarria* por Alamiro de Avila Martel, Antonia Rebolledo Hernández, Luz María Fuchslocher Arancibia, Javier Barrientos Grandón, Norman P. Sacks y Luis Oyarzún. Presentación de Marino Pizarro Pizarro. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1988, 306 pp.

³³ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XXIII.

³⁴ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XXIII.

³⁵ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, pp. XXIII-XXIV.

³⁶ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XXIV.

La influencia de Gay y Bello, sumada a la de los historiadores norteamericanos William Prescott y Washington Irving³⁷, marcaron a una generación joven, donde se destacaron Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes fueron los “fundadores de una escuela histórica de alta calidad científica, llegaron a persuadirse íntimamente de que para escribir la historia de la dominación española, era necesario, imprescindible, seguir el camino que conducía a los archivos europeos, principalmente a los españoles...”³⁸.

A partir de 1861 el movimiento renovador adquirió considerable actividad; los hallazgos documentales de Vicuña Mackenna y Barros Arana en los archivos del viejo mundo, especialmente de España, dieron origen a varias publicaciones. Ese mismo año el periodista Juan Pablo Urzúa inició la publicación de la *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, y en los últimos 25 años del siglo XIX nuevos historiadores, herederos de los clásicos, comenzaron a destacarse: Domingo Amunátegui Solar, Crescente Errázuriz Valdivieso y José T. Medina.

Este último entró en acción en 1887 y al año siguiente inició la publicación de la *Colección de documentos inéditos...* y reanudó la abandonada *Colección de historiadores de Chile* al tiempo que otras obras que publicó en esos años lo situaron en un primer plano. “La historia colonial se confunde desde entonces con Medina. Es el punto de partida de la renovación de estos estudios”³⁹.

Desde 1888 a 1930 –afirma el profesor Feliú– los estudios coloniales se diversificaron en especialidades monográficas, con lo que se puso a prueba la solidez de la obra historiográfica anterior. Así, por ejemplo, monseñor Crescente Errázuriz se dedicó al estudio pormenorizado de la conquista y de la guerra defensiva; Tomás Thayer Ojeda profundizó el estudio del siglo XVI y parte del XVII; Domingo Amunátegui Solar presentó el cuadro social, y Alejandro Fuenzalida Grandón estudió la evolución social y el desarrollo intelectual de Chile.

El profesor Feliú concluye diciendo que “los estudios especiales de comprobación son los que tienen preferencia en el enfoque del coloniaje en nuestro siglo. Hay una sola excepción: ella es la *Historia de Chile*, de Francisco

³⁷ Véase Guillermo Feliú Cruz: *El imperio español y los historiadores norteamericanos*. 2 tomos: I. Washington Irving; II. William H. Prescott, Santiago, Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile (Serie Verde, N°s 15 y 16), 1960, 92 y 128 pp., respectivamente.

³⁸ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XXVII.

³⁹ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, p. XXIX.

Antonio Encina, que vuelve a narrar, en forma general, la historia del periodo colonial con un sentido de interpretación sociológica”⁴⁰.

En líneas generales este es el contenido del libro del profesor Feliú que sirvió de introducción a la segunda serie de los *Documentos inéditos...* de José T. Medina⁴¹.

Como ya está dicho, la publicación de la segunda serie de los *Documentos inéditos para la historia de Chile...* estuvo a cargo del profesor Feliú Cruz, apareciendo el primer tomo en 1956. Según los profesores Cifuentes Arce y Fuenzalida Maldonado –bibliógrafos del señor Feliú– los prólogos de cada volumen, a pesar de estar firmados por “la Comisión Administradora” se deben a la pluma del profesor Feliú, quien en el prólogo al primer volumen, estableció dos cuestiones fundamentales: El criterio o plan de la publicación y la razón por la cual el señor Medina suspendió la impresión de la primera serie.

El plan seguido es el mismo que el trazado por don José T. Medina, con algunas pequeñas variantes, siendo la más importante la información bibliográfica amplia que se entrega acerca del origen, aprovechamiento, uso y consulta de los documentos, cuando estos no son originarios de la Biblioteca Americana de Medina y se han utilizado otras fuentes para recopilarlos, sean estas impresas o inéditas. Los documentos extraídos de impresos son pocos y se incluyeron tomando en cuenta su importancia o la escasez de la obra original donde se encontraban. En lo referente a la impresión, dice el profesor Feliú que se siguieron las indicaciones de Medina señaladas en el tomo XVII de la *Colección de historiadores...*, es decir, corrigiendo la ortografía de los documentos y estableciendo la necesaria puntuación,

“aunque estas normas se refieren más bien al procedimiento que debe seguirse cuando los documentos son copiados directamente del original. Pero en el caso de los que aquí se publican, la situación era otra. Se ha trabajado con las versiones obtenidas en los archivos españoles, confeccionadas por diferentes copistas que las hicieran en diversas épocas, y se ha tenido que afrontar por esto una carencia absoluta de unidad ortográfica, anarquía que impidió la transcripción al pie de la letra...”⁴².

⁴⁰ Feliú Cruz, *Historiografía colonial...*, pp. XXIX-XXX.

⁴¹ En una esquemática reseña sobre la *Historiografía colonial...*, el profesor John Lynch ha dicho que la obra es “A scholarly study of Chilean historiography concerning the colonial period, intended as an introduction to the study of the great Chilean historian, Medina. Treats of Medina’s nineteenth-century predecessors and of his own early research and includes useful bibliographical materials”. Charles C. Griffin (Ed.), *Latin America. A Guide to Historical Literature*, Austin and London, The University of Texas Press, 1970, p. 266, ítem 2851.

⁴² *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*. Segunda serie, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1956, Tomo I, Prólogo, p. XXV.

Frente a este problema se optó por una modernización relativa, conservando la grafía del sonido arcaico cuando éste ofrecía realmente seguridad de ser original.

Luego el profesor Feliú pregunta, pasando al segundo asunto, ¿por qué el erudito Medina suspendió la publicación de la colección? La respuesta es clara: El costo de la impresión. Medina financió, de su propio peculio, la publicación de los dos primeros tomos de la primera serie y buscó la ayuda del Estado para la de los restantes. Así, las leyes de presupuestos de 1889 y 1890 permitieron la impresión del tercero, cuarto y quinto tomos. Los tomos VI y VII, impresos en 1885, los costeó Medina. La Ley de Presupuesto de 1896 posibilitó la edición de los tomos VIII y IX, la de 1897 desde el XI al XIII, la de 1898 del XIV al XVI, la de 1899 del XVIII al XIX y en 1900 se publicaron, con financiamiento estatal, los tomos XXI al XXIV. El presidente don Germán Riesco Errázuriz trató de ayudar a Medina, pero solo lo pudo hacer en 1901 y 1902, años en que se publicaron los tomos restantes, hasta el XXX.

El profesor Feliú aclara que

“perdida la subvención estatal para editar la *Colección* por oscuros factores de incompreensión del Congreso Nacional, de algunos jefes superiores del Ministerio de Instrucción y también por desidia de los ministros que ocuparon el despacho, el señor Medina concluyó dejándola de mano para atender a publicaciones bibliográficas americanas más urgentes. Convencido de que no encontraría apoyo, a fin de salvar en parte los documentos que se referían a la emancipación, convino con Enrique Matta Vial en la edición de una nueva fuente documental sobre aquel período”⁴³.

Este es el origen de la *Colección de historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile*.

Los seis volúmenes de la segunda serie de la *Colección de documentos inéditos...*, contienen 693 documentos, que se distribuyen como sigue:

- Vol. I, 1558-1572: Rodrigo de Quiroga – Melchor Bravo de Saravia. 162 documentos.
- Vol. II, 1573-1586: M. Bravo de Saravia – R. de Quiroga. 173 documentos.
- Vol. III, 1577-1589: Martín Ruiz de Gamboa – Alonso de Sotomayor. 162 documentos.
- Vol. IV, 1590-1594: A. de Sotomayor – Martín Oñez de Loyola. 82 documentos.

⁴³ *Colección de documentos inéditos...*, Segunda serie, Tomo I, Prólogo, p. XXVII.

Vol. V, 1599-1602: Pedro de Vizcarra – Francisco de Quiñones. 75 documentos.

Vol. VI, 1561-1603: Informaciones de méritos y servicios. 39 documentos.

La crítica a este gran esfuerzo del profesor Feliú fue escasa y solamente la revista *Historia*, N° 1 (1961, pp. 327-328) y N° 2 (1962-1963, pp. 303-304) publicó sendas reseñas de Andrés Hunneus Pérez sobre los tomos III, IV y V, aparecidos entre 1959 y 1961.

El señor Feliú también impulsó y trabajó en la publicación de la *Colección de historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile*; en la recopilación de *Antiguos periódicos chilenos*⁴⁴, y de los *Impresos chilenos 1776-1818*; en la preparación del *Archivo de don Bernardo O'Higgins* (que edita la Academia Chilena de la Historia), en la edición que realizó el Fondo Medina de la *Crónica* de Gerónimo de Bibar en 1966, y en la conformación del "Índice de informaciones de méritos y servicios (1506-1618)", incluido en la *Colección de documentos inéditos...*, que abarca la serie publicada por Medina y la segunda, publicada por el Fondo Medina.

En 1964, la Editorial Andrés Bello entregó un grueso tomo del profesor Feliú titulado *Memorias militares para servir a la historia de la independencia de Chile, del Coronel Jorge Beauchef. 1817. Estudios de José Miguel Infante, Esteban Hipólito Beauchemin, Andrés Bello, Benjamín Vicuña Mackenna, José Bernardo Suárez, Gonzalo Bulnes, Diego Barros Arana, Pedro Figueroa, Virgilio Figueroa, Ernesto de la Cruz, Pedro P. Dartnell*. Esta obra fue minuciosamente criticada por el P. Gabriel Guarda en *Historia*, N° 4 (1965), pp. 332-335, quien junto con destacar el enorme aporte documental que significaban las memorias de Beauchef, señala el valor del prólogo del

⁴⁴ Los periódicos impresos por el señor Feliú fueron los siguientes: *El Censor de la Revolución, Colección de Noticias, La Miscelánea Chilena, El Independiente, El Mercurio de Chile, El Cosmopolita, El Diario de la Convención, El Observador Chileno, El Tizón Republicano, El Clamor de la Patria, El Imparcial de Chile, El Interrogante y Responde, El Corresponsal del Imparcial, El Amigo de la Verdad, El Amigo de los Militares, El Despertador Araucano, El Nuevo Corresponsal, El Apagador, El Redactor del Senado, Actas del Senado Conservador y Legislador, El Observador de Chile, El Observador Eclesiástico, Gazeta Ministerial de Chile, Correo de Arauco, Registro Oficial de la Suprema Junta Interior Gubernativa, El Liberal, Redactor de Sesiones del Soberano Congreso, Redactor Extraordinario del Soberano Congreso, Notas sobre las Operaciones del Congreso de Chile y Contestaciones*. La colección fue impresa en 5 tomos aparecidos entre 1960 y 1965. Véase *Historia*, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1961-2000, 33 tomos. N° 1 (1961), p. 291, ítem 10; N° 2 (1962-1963), pp. 230-231, ítem 205; N° 3 (1964), pp. 366-367, ítemes 459 y 460; N° 5 (1966), pp. 244-245, ítemes 785 y 786; N° 6 (1967), pp. 341-342, ítemes 966-967.

profesor Feliú, redactado sobre la base de una amplia documentación que se ve complementada con los textos que agrega debidos a historiadores de prestigio consagrado. Finaliza el P. Guarda diciendo:

“Tras la figura del héroe, presentada a través de tanta variedad de ángulos como fuentes se acopian en el presente tomo, se encubre en un segundo plano la del editor, a cuya erudición debemos la oportunidad de poder disponer para la investigación de publicaciones de este tipo. Doscientas treinta y tantas fichas bibliográficas, sesenta láminas, extensas introducciones, once estudios biográficos de diversos autores, un copioso epistolario y cuatro índices nos dicen por su sola enumeración el caudal de recursos de Feliú Cruz, que se desenvuelve con soltura en uno de sus campos preferidos... la obra tiene la solidez de los instrumentos de valor duradero, al que una elegante presentación y cuidada tipografía dan adecuada prestancia... Magnífica edición la que comentamos, nueva cantera útil para el estudio siempre apasionante de la historia de nuestra independencia”.

Para finalizar este apartado referente a las publicaciones documentales del profesor Feliú, es necesario dar una breve referencia a un trabajo de recopilación que elaboró junto a su amigo y colega Ernesto de la Cruz. Ambos publicaron en 3 gruesos tomos en Santiago en 1937 y 1938 el *Epistolario de don Diego Portales, (1821-1837)*, obra básica hasta el día de hoy para conocer en forma directa la vida, el pensamiento, las motivaciones y la carrera política del ministro. Tras una ardua investigación, los señores de la Cruz y Feliú, lograron reunir 595 cartas, a las que agregaron textos de 16 historiadores que interpretan desde diferentes puntos de vista el carácter y la acción de gobierno de Portales. No cabe duda de que toda investigación que se preocupe de los primeros años de la República Autoritaria debe partir con el examen de estas notables fuentes que ambos investigadores entregaron en cuidada y esmerada edición.

Otra área preferente de los estudios del profesor Feliú fue la relativa a los historiadores, que complementa su *Historiografía colonial*... En este ensayo nos referiremos solamente a sus trabajos sobre Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, Enrique Matta Vial, José Toribio Medina, Domingo Amunátegui Solar, Agustín Edwards, Mariano Picón Salas, el peruano Ricardo Palma, Claudio Gay, Francisco Antonio Encina y Andrés Bello.

En 1932 el señor Feliú publicó su estudio titulado *Las obras de Vicuña Mackenna. Estudio bibliográfico precedido de un panorama de la labor literaria del escritor*, editado por las Prensas de la Universidad de Chile.

A juicio del autor, Vicuña Mackenna “es el escritor chileno que más ha revelado en sus numerosas páginas la poderosa individualidad de que estaba

tan maravillosamente dotado. Es el que más ha hablado de sí en sus obras. Es el que más ha tenido confidencias con el público y ha revelado el fondo mismo de su ideología y anhelos de escritor”⁴⁵. En su ensayo, el profesor Feliú analizó críticamente la personalidad, las dotes literarias e historiográficas del autor. Señaló que lo mejor de su obra se resume en sus libros históricos y que “la historia es la fuente de su constante inspiración cívica”⁴⁶, agregando que es difícil situarlo como historiador vinculado a alguna escuela, pues oscila entre Bello y Lastarria. “Vicuña Mackenna fue un espíritu tan investigador como el de Barros Arana. Amó tanto el papel documentario como Amunátegui. Eso sí que al pasar por su inteligencia esos materiales de construcción, se transformaban en una cosa viva”⁴⁷.

Esta obra del profesor Feliú fue reseñada por Samuel Ossa Borne, quien afirmó:

“El juicio de Feliú Cruz acerca de Vicuña Mackenna es de originalidad atrayente, de una profundidad muy interesante. Se ve bien que la materia lo ha dominado, que la ha seguido con cariño, lo ha seducido: no es de extrañarlo, tratándose de un personaje de tanta animación. No me resisto a copiar algunos renglones: “En fin, dice, cualquiera conquista del pensamiento científico encuentra en este hombre su ejecutor inmediato y su divulgador esforzado. Para ello contaba con un estilo vibrante. Las características del suyo se suman a las mejores condiciones de su espíritu: a la imaginación, a la cultura, a la sensibilidad, y a la energía, que habían de dar el escritor más completo de su siglo. Conoce y sabe del valor de las ironías. La ironía natural, espontánea, sale retozona de los puntos de su pluma. Le ha servido admirablemente en su formidable tarea de diarista y de escritor de las cosas del presente y del pasado. ¿Una sonrisa suya no ha descubierto el tono de un ambiente? En cambio, en la polémica se ahoga su humorismo. La vehemencia de la lucha lo impulsa con tal fuerza que le hace perder el sentido de la lógica. No era su cuerda. La grandeza estirada de su frase, la aristocrática majestad de su estilo, cuando escribe emocionado y se asocia a su lenguaje, a veces incorrecto, la sensibilidad de una imagen meridional, nos revela al artista en toda su amplitud”.

Cabe agregar que si el *polemista* en acción se dejaba llevar de la impetuosidad de su sangre, terminado el acto, el gentleman sobreponiéndose ofrecía

⁴⁵ Guillermo Feliú Cruz, *Las obras de Vicuña Mackenna. Estudio bibliográfico precedido de un panorama de la labor literaria del escritor*, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1932, p. 15.

⁴⁶ Feliú Cruz, *Las obras de Vicuña Mackenna...*, p. 30.

⁴⁷ Feliú Cruz, *Las obras de Vicuña Mackenna...*, p. 36.

generosamente a su adversario los documentos mismos de que aquel se había servido, y hasta de lo que no usó a causa de la crueldad de ellos”⁴⁸.

En 1958 el profesor Feliú entregó su ensayo *Benjamín Vicuña Mackenna. El historiador*, publicado por Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Serie Verde N° 8, tomo pequeño de 108 páginas en que analizó en forma penetrante y aguda los trabajos del señor Vicuña. En este libro, a juicio de los autores del presente ensayo, el profesor Feliú logró una síntesis maestra sobre el tema, largo y enjundioso de por sí. Complementan los estudios sobre Vicuña Mackenna algunos artículos insertos en diferentes revistas, los cuales están detallados en la bibliografía preparada por los profesores Cifuentes y Fuenzalida.

La revista *Atenea* de la Universidad de Concepción, en su número 104 (Año X, tomo XXV), publicó el estudio del profesor Feliú titulado “Barros Arana y el método analítico en la historia. Un ensayo de interpretación”. En este trabajo expuso críticamente la concepción histórica y la metodología usada por el autor de la *Historia general de Chile*, sus vinculaciones con las doctrinas sustentadas por don Andrés Bello, su afán por la investigación y las características fundamentales de los estudios del ex Rector de la Universidad de Chile y del Instituto Nacional.

El profesor Feliú señaló que

“Casi toda la obra histórica de Barros Arana queda circunscrita a lo que se ha llamado, por los tratadistas de esta ciencia, operaciones analíticas; o sea, ha dedicado una parte considerable de su inteligencia a establecer las condiciones generales del conocimiento histórico en la historia nacional. El procedimiento que ha empleado no ha sido otro que el de la crítica interna y externa, llamada también crítica de erudición. En esta labor de amplificación, que excluye sistemáticamente la síntesis por contraponérsele de un modo absoluto, ha sido un maestro imponderable. Ha recorrido pacientemente todos los grados en que ella se divide: La crítica externa o de erudición..., o sea, de restitución, de procedencia, de clasificación de las fuentes; la crítica interna, llamada también de interpretación, la interna de negativa de sinceridad y de exactitud y la de determinación de los sucesos o hechos particulares. En realidad, ningún historiador chileno de su tiempo, ni el mismo Amunátegui, desarrolló una labor analítica en nuestra historiografía semejante a la suya”⁴⁹.

⁴⁸ Reseña de Samuel Ossa Borne, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 73, Santiago, 1933, pp. 172-175.

⁴⁹ Guillermo Feliú Cruz, “Barros Arana y el método analítico en la historia. Un ensayo de interpretación”, en *Atenea*, N° 104, Concepción, Universidad de Concepción, 1933, pp. 366-384. La base de este artículo fue una conferencia dictada por el profesor Feliú el 25 de noviembre de 1933.

Este trabajo del profesor Feliú también fue editado en 1934 en un pequeño libro de 48 páginas por Editorial Nascimento y mereció el siguiente comentario de don Félix Nieto del Río, aparecido en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*:

“Mientras se toman las disposiciones para elevar a Barros Arana un monumento junto al edificio de la Biblioteca Nacional, dentro de ella el laboratorio Feliú Cruz a quien tanto debe la investigación histórica, contribuye con un nuevo trabajo a fijar el carácter de la obra y el método del gran historiador chileno. Con vasta conciencia del tema, examina Feliú Cruz, la formación del espíritu analítico y crítico de Barros Arana, la influencia de Bello en este sentido y la tendencia reinante respecto de la manera de escribir la historia. Demuestra cómo la escuela de Barros Arana imprimió rumbos no sólo en Chile sino en toda América, produciendo la enorme masa de obras históricas de simple exposición de hechos, conectados a la luz de la crítica y de la erudición, sin abstracciones especulativas ni formas filosóficas creadoras. No omite el autor algunos juicios sobre los defectos más señalados de la “Historia General de Chile”. “¡Qué obra más sin emoción!”, dice. Y así, en efecto; pero con todo, es a nuestro parecer muy útil que don Diego, el hombre sin adjetivos, el nivelador de pensamientos de hechos y de personajes, haya dejado para historiadores de mayor fondo filosófico la tarea de la gran síntesis, que vendrá cuando se aplaque la pasión erudita que todavía nos domina... el estudio que Feliú Cruz nos presenta, es una base de renovación”⁵⁰.

Otro trabajo del señor Feliú sobre Barros Arana fue editado en 1958-1959 por Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Serie Verde, volúmenes 4, 5, 11, 12 y 13, y lleva por título *Barros Arana, historiador*. También se encuentran abundantes referencias en la *Historiografía Colonial de Chile* y en la *Historia de las fuentes de la bibliografía chilena*, al igual que en varios artículos en revistas especializadas que sería demasiado largo detallar.

Como hemos dicho anteriormente, don Enrique Matta Vial fue uno de los guías en la formación de don Guillermo Feliú. De ello se desprende que un año después del fallecimiento de su maestro, el profesor Feliú publicara, en 1923, un estudio titulado *Don Enrique Matta Vial. Su vida y su obra. Su acción en el desarrollo de la cultura intelectual chilena*, donde reconstruye la vida de su biografiado y su aporte a la cultura nacional. Con respecto a esto último el señor Feliú señaló que

⁵⁰ Reseña de F.N. del R. (Félix Nieto del Río), *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 3. Santiago, 1934, pp. 317-318. La obra también fue reseñada por don Raúl Silva Castro en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 81, Santiago, 1934, p. 265.

“Al comentar la obra altísima y ejemplar de don Enrique Matta Vial, cabría significar que con él concluye en el desarrollo de nuestra cultura uno de sus períodos más interesantes fecundos. Es el maestro indiscutible de dos generaciones; es el alma que reúne, que congrega, que da vida y aliento a toda iniciativa de adelanto que pueda señalar un progreso de la inteligencia. Es el espíritu dilecto, de máxima cultura, amplio y comprensivo, generoso y entusiasta, que sabe tender con cariño humilde y resignado la bondadosa mano a cuantos corazones anhelosos persiguen, como el suyo, un ideal de vasta y noble redención intelectual...”⁵¹.

Al estudiar la carrera funcionaria de Matta Vial, el señor Feliú destacó su labor administrativa como Subsecretario del Interior, Intendente de Tarapacá, Subsecretario de Justicia e Instrucción Pública y su labor académica e historiográfica. Bien podríamos decir que esta obra es un tributo a su formador, lo que se comprende al leer la dedicatoria del libro impreso en hermosa tipografía: “A la señora Leonor Figueroa de Matta Vial. Permítame Ud. señora, que al frente de estas páginas inscriba su nombre como un testimonio del hondo afecto que me inspiraba el alma pura de don Enrique Matta Vial”. Para muchos estudiosos de la historiografía chilena, este trabajo del profesor Feliú, escrito cuando solo tenía 23 años de edad, aunque emotivo, es la biografía definitiva del fundador de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

José Toribio Medina fue el historiador que más atrajo la atención del profesor Feliú debido a que, al igual que Matta Vial y don Luis Puga, el señor Medina fue su guía y amigo y le honró y destacó nombrándole Conservador de su biblioteca y archivo.

En la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, número 55, correspondiente a 1925-1926, el señor Feliú publicó un artículo que lleva por título “La Biblioteca Americana de don José Toribio Medina”, que recién había sido donada a la Biblioteca Nacional. El profesor Feliú hizo en este trabajo una descripción rápida de los títulos y contenidos en ella y señaló el enorme valor científico que tenía para Chile y América. Respecto del donante escribió las siguientes palabras:

“... ha deseado el señor Medina que las herramientas que le han acompañado en su vida intelectual, y que él ha querido con entrañable afecto cual orfebre enamorado de su obra, queden en su patria al servicio de sus conciudadanos. No ha podido tentarlo la codicia de una venta suculenta traducida en algunos

⁵¹ Guillermo Feliú Cruz, *Don Enrique Matta Vial. Su vida y su obra. Su acción en el desarrollo de la cultura intelectual chilena*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1923, p. 4.

miles de pesos. Recordamos, en efecto, haberle oído contar más de alguna insinuación en tal sentido de una que otra institución norteamericana. Precios locos, ofrecimientos tentadores, que en sí llevaban ingentes promesas de honor, no han podido producir en el alma del señor Medina ese vértigo del dinero tras el cual hoy corren los hombres”⁵².

En 1931, un año después del fallecimiento de don José T. Medina, el señor Feliú publicó su libro titulado *Bibliografía de don José Toribio Medina. Notas críticas*⁵³, que complementa el *Epítome de las publicaciones de don José Toribio Medina* de Víctor M. Chiappa, publicado en 1914, donde describió 224 títulos y que el mismo señor Feliú ya había aumentado, en una segunda edición que lleva por título *Catálogo de las publicaciones de don José Toribio Medina (1873-1914) por Víctor M. Chiappa, continuado hasta el día y seguido de una bio-bibliografía por Guillermo Feliú Cruz*, publicado en 1924. Aquí el profesor Feliú agregó 81 títulos. En la obra que comentamos describió y enumeró 100 títulos más, añadiendo en un apéndice la lista de las obras póstumas del señor Medina.

En 1951 el profesor Feliú sacó a luz el Tomo IV del *Catálogo Breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago José Toribio Medina. Manuscritos. Documentos para la historia de Chile*. El tomo de 441 páginas fue un aporte notable ya que completó la catalogación del fondo bibliográfico y de manuscritos de Medina. En una breve reseña el profesor Pereira Salas apuntó que:

“El diligente Conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, profesor señor Guillermo Feliú Cruz, completa con este denso volumen, el prolijo trabajo erudito que iniciara en 1928. Ha rendido con ello un invaluable servicio a los investigadores que tienen ahora a su disposición, el acervo documental que con benedictina paciencia reuniera el príncipe de los bibliófilos chilenos, el benemérito polígrafo don José Toribio Medina. Sobrepassa la cifra de 12.000 los documentos que copiara e hiciera copiar el infatigable hombre de ciencia, y ellos han contribuido y seguirán contribuyendo al esclarecimiento de innumerables puntos oscuros de nuestra historia colonial.

Continuador de esta noble tradición chilena, el Sr. Feliú Cruz paga en este libro el homenaje que merece la labor de Medina, y contribuye a acrecentar su merecida fama.

⁵² Guillermo Feliú Cruz, “La biblioteca Americana de don José Toribio Medina”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 55, pp. 276-287.

⁵³ Guillermo Feliú Cruz, *Bibliografía de don José Toribio Medina. Notas críticas*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1931. Reseñada en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 76, Santiago, 1932, p. 238.

Un índice cronológico permite ubicar con rapidez los documentos que distribuye en: 1.- Reales Cédulas y Reales Ordenes. 2.- Índice de Reales Cédulas y Reales Ordenes. 3.- Reales Ordenes a los Obispos. 4.- Cartas de los Obispos al Rey. 5.- Oficios de la Presidencia del Reyno. 6.- Cartas de los Obispos al Rey. 7.- Relaciones, Expediciones, Viajes y Exploraciones Geográficas. 8.- Hacienda Pública. 9.- Instrucción Pública. 10.- Miscelánea. 11.- Asuntos Eclesiásticos. 12.- Varios y Curiosos. 13.- Materias Especiales. 14.- Documentos sobre Historia de Chile y de América.

“Se ha cumplido de este modo —escribe el Sr. Feliú Cruz en el prólogo— uno de los más ardientes propósitos del historiador y bibliógrafo al entregar a sus conciudadanos la que fue su biblioteca y archivo”⁵⁴.

El año 1952, al conmemorarse el centenario del natalicio de José T. Medina, el señor Feliú publicó dos libros sobre su maestro. Son dos obras distintas que se complementan perfectamente. Nos referimos a *José Toribio Medina. Historiador y bibliógrafo de América* y *Medina. Radiografía de un espíritu*, ambas editadas por Nascimento.

En la primera de ellas, el profesor Feliú hizo un análisis detallado de la vida y trabajos del señor Medina, refiriéndose en especial a su labor historiográfica y bibliográfica. En el prólogo señaló: “La vida de José Toribio Medina está escrita en las propias páginas de sus libros. Cada una de esas páginas representa un esfuerzo de voluntad, una energía creadora y una potencia de trabajo, de que no hay memoria en la vida intelectual de nuestra época...”⁵⁵. El objetivo de su libro era “presentar al sabio como hombre y al hombre como sabio, es decir, no borrar la fisonomía de su espíritu para sólo relatar la historia del escritor y del formidable erudito”⁵⁶.

En la segunda obra el profesor Feliú describió con amenidad y afecto a Medina íntimo, su formación en el seno familiar, su fisonomía, sus métodos de trabajo, su personalidad y otras características. En la introducción anotó: “Las páginas que siguen tienen sólo una pretensión: dar a conocer el alma de un hombre extraordinario que ha hecho en la historia de la cultura universal, en las materias de las ciencias históricas que cultivó, la más prodigiosa labor

⁵⁴ Reseña de E.P.S. (Eugenio Pereira Salas), *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 118, Santiago, 1951, p. 348.

⁵⁵ Feliú Cruz, *José Toribio Medina. Historiador y bibliógrafo de América*, p. 5.

⁵⁶ Feliú Cruz, *José Toribio Medina. Historiador y bibliógrafo de América*, pp. 7-8. Véase también Guillermo Feliú Cruz, “El solar provinciano y los progenitores de José Toribio Medina”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 64, Santiago, primer semestre de 1967, pp. 13-47.

de que haya memoria, al finalizar el siglo pasado y los primeros treinta años del presente”⁵⁷.

Editado por las Prensas de la Universidad de Chile, en 1940 entró en circulación un breve trabajo de 17 páginas del profesor Feliú Cruz titulado *Caracterización de la obra histórica de don Domingo Amunátegui Solar*. Don Eugenio Pereira Salas reseñó esta pieza en los siguientes términos:

“Ochenta años de una magnífica existencia acaba de cumplir don Domingo Amunátegui Solar. Las instituciones nacionales y extranjeras le han rendido el homenaje que se ha ganado por sus largos y tesoneros esfuerzos en el campo de la historia y de la educación pública.

Breve síntesis de su dilatada labor nos ofrece el Conservador de la Sala Medina, señor Guillermo Feliú Cruz, en este folleto, destinado a hacer el balance de su producción intelectual.

“La obra del señor Amunátegui, escribe, es vasta en su plan. Se la puede clasificar en tres órdenes o géneros de estudios: los que se refieren en primer término a la historia de la enseñanza nacional (*Páginas sueltas*, 1889, *Los primeros años del Instituto Nacional*, 1888, *El Instituto Nacional (1835-1845)*, *La Enseñanza del Estado*, *El Sistema Lancaster en Chile*); los que dicen relación en seguida, con la historia de la evolución social de Chile (*La Sociedad Chilena en el Siglo XVIII*, *Las Encomiendas Indígenas*, *Historia Social de Chile*); y aquellos que constituyen sus aportes personales a la investigación de la historia literaria de nuestro desenvolvimiento intelectual (*Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena*, *Las Letras Chilenas*). No sería posible, además, negarle el título de biógrafo ni de crítico histórico”.

La condición del mérito es la lucha, escribió don Domingo Amunátegui, al iniciar su vida literaria en 1876, y desde hace 63 años ha demostrado que esta coincidencia no era fortuita.

En plena labor a la edad avanzada en que todos se entregan al descanso, sigue trabajando con extraordinaria actividad en el campo de la historia. Su vida es por esto un ejemplo para las generaciones actuales”⁵⁸.

Otros estudios del profesor Feliú sobre don Domingo Amunátegui Solar son los siguientes: “Cartas inéditas sobre Europa de Domingo Amunátegui Solar. La sociedad, los hogares, y la política chilena según la correspondencia de Miguel Luis Amunátegui y Rosa Solar de Amunátegui con su hijo durante los años 1885-1886. La formación intelectual de la juventud chilena en Europa a

⁵⁷ Feliú Cruz, *Medina. Radiografía de un espíritu*, p. 5.

⁵⁸ Reseña de “E.P.S.” (Eugenio Pereira Salas), *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 97, Santiago, 1940, pp. 392-393.

comienzos del siglo XIX” (*Anales de la Universidad de Chile*. N° 121-122, Santiago, 1961, pp. 257-335); en el mismo tomo también incluyó “Ensayo de una bibliografía de Domingo Amunátegui Solar” (pp. 339-340). “El Instituto Pedagógico bajo la dirección de Domingo Amunátegui Solar” fue publicado en un libro editado por la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en 1964 bajo el título de *Instituto Pedagógico 1889-1964*, dado a luz con motivo del 75 aniversario de la institución. El artículo del profesor Feliú está inserto en pp. 81-117; también se imprimió en *Mapocho*, Tomo II, N° 1, Vol. 7, Santiago, 1965, pp. 11-43.

En sesión de la Academia Chilena de la Historia del 5 de agosto de 1941, el profesor Feliú Cruz presentó un *Elogio de don Agustín Edwards Mac Clure*, miembro fundador de la corporación, y posteriormente su presidente, trabajo que fue publicado por las Prensas de la Universidad de Chile en un folleto de 31 páginas.

Un breve comentario señala que: “Este ensayo... cumple inteligentemente su cometido. Evoca, en forma sobria y elocuente, al hombre, colocándolo en el ambiente de la época, en páginas muy bien escritas y logradas; analiza al historiador y lo que don Agustín significa dentro de las letras chilenas; recuenta su producción literaria e histórica. En resumen, un trabajo de importancia para el estudio de la historiografía chilena y el conocimiento de uno de sus más esforzados cultores”⁵⁹.

Mariano Picón Salas, escritor e historiador venezolano, figura señera en la historiografía americanista y destacado profesor, estudiante del Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde fue alumno del señor Feliú y posteriormente compañero de trabajo, atrajo también la atención del erudito chileno quien trazó su biografía en un tomo de 105 páginas publicado en Santiago en 1970 con el título *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*, con prólogo de Salvador Reyes.

Don Eugenio Pereira, amigo de ambos y testigo de muchas jornadas compartidas, reseñó esta obra destacando la aportación que hacía para el conocimiento del historiador venezolano y la mejor comprensión de los lazos intelectuales entre Chile y Venezuela:

“En la prodigiosa labor erudita del profesor Guillermo Feliú Cruz hay algunos ensayos que permiten asomarse a la intimidad reservada de su propia personalidad. Este que comentamos es uno de ellos. Compañero de aulas con el gran

⁵⁹ Reseña (sin especificación del autor), *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 100, Santiago, 1942, p. 403.

escritor e historiador venezolano prematuramente desaparecido después de una labor trascendente en el campo literario, conocimos y disfrutamos de la amistad incomparable de este colega, en los años en que Picón Salas permaneció entre nosotros en una etapa de preparación intelectual que le permitió, al volver a su patria, restablecido el orden democrático, ocupar altos cargos de responsabilidad para bien de las letras venezolanas y de la educación superior universitaria. A través de las sentidas páginas del profesor Feliú Cruz podemos seguir en forma movida la trayectoria de este hombre superior en muchos aspectos y que fuera alumno del Departamento de Historia, en los años en que lo organizara sobre sólidas bases el decano de los profesores del ramo, Don Luis A. Puga. Esta relación de profesor a alumno, y luego la de colega a colega, y el trabajo mancomunado en diversos libros, da al relato de esta biografía un carácter personal, directo, que brota del calor humano de una sincera amistad.

Para nosotros los chilenos es una página más que se agrega a la historia de los estudios universitarios, y una cumplida evocación de esos años de gestación espiritual, en que participó Mariano Picón Salas, uniendo nuevamente por lazos indisolubles la vida intelectual de Venezuela y de Chile”⁶⁰.

En 1933, las Prensas de la Universidad de Chile publicaron los dos tomos del profesor Feliú titulados *En torno a Ricardo Palma (1833-1919)*, el célebre autor de *Tradiciones peruanas* y otras obras de importancia continental. El tomo I de 255 páginas y 12 grabados lleva por subtítulo “La estancia en Chile” y el tomo II de 339 páginas, “Ensayo crítico-bibliográfico”. La obra se define por una amena relación y un estricto aparato crítico analítico y en ella el señor Feliú aclaró en forma definitiva un suceso de la Guerra del Pacífico que originó una gran discusión. Por ello, el juicio siempre ponderado de don Félix Nieto del Río lo destaca en una reseña que redactó para el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y que textualmente dice:

“Los dos volúmenes que presenta ahora sobre el célebre autor de las “Tradiciones Peruanas”, no sólo significan un serio esfuerzo de investigación, superior al de los mismos escritores peruanos que se han ocupado de Ricardo Palma, sino que acentúan los méritos literarios de Feliú Cruz, toda vez que el volumen “La Estancia en Chile” y ciertas notas críticas del segundo tomo, se distinguen por la galanura y dignidad del estilo, la solidez del juicio y la claridad de expresión. El erudito se disimula aún en medio de la aridez de las descripciones bibliográficas, y con singular modestia intelectual —que don

⁶⁰ Reseña de Eugenio Pereira Salas, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 86, Santiago, 1972, pp. 186-187.

Toribio no siempre practicó— declara que su obra está muy lejos de ser completa, a pesar de las numerosísimas noticias que él allega. La obra, por su atingencia con Chile, da luz sobre varios aspectos de una interesante época de nuestra historia y sobre la actuación de algunos hombres. El punto relativo a los daños que causó a la Biblioteca Pública de Lima la ocupación chilena, se esclarece con la reproducción de dos escritos, uno del señor Roberto Hernández, notable publicista de Valparaíso, y otro del señor Clemente Palma, hijo de don Ricardo que fue Director de aquel establecimiento durante 28 años. Es muy de lamentar ese episodio de la guerra, que, a ser cierto en su integridad, pudo ser evitado con mediana previsión de los Jefes militares; pero no busquemos una justificación en las doctrinas de Bello y de Cruchaga, como lo hace el señor Hernández. Para dar valor a esta observación, consulté al señor Miguel Cruchaga, quien me dio el siguiente juicio:

“Don Andrés Bello invoca la autoridad de Schmalz y, al hacerlo, pareciera que acepta la tesis que este autor proclama. La cita que Hernández hace de un párrafo de mi libro no perjudica la buena doctrina. Deben ser respetados los establecimientos de instrucción, entre los cuales deben incluirse las bibliotecas. Los edificios ocupados por tales establecimientos podrán ser utilizados para alojamiento de tropas, vivienda de prisioneros, etc. Los perjuicios causados por este uso legítimo no dan derecho a indemnización. En buenas cuentas, lo que dice mi libro pudo ser más bien invocado por Palma que por mi amigo Hernández...”⁶¹.

En 1965 el profesor Feliú entregó un tomo novedoso, titulado *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la independencia de Chile, 1808-1826*, en el cual transcribió los apuntes y notas que Gay dejó de sus coloquios con personalidades que conocieron a los actores del proceso, Martínez de Rozas, García Carrasco, Rojas, Vera y Ovalle, Osorio, Clemente Lantaño (“El Guerrillero”), Vicente Benavides, los hermanos Pincheira, O’Higgins, el general de la Cruz y el general Viel y algunas cartas sobre O’Higgins. Estos documentos y notas redactadas en francés fueron precedidos por un estudio que el señor Feliú tituló “Claudio Gay, historiador de Chile 1600-1873” que también fue publicado en forma de libro, 116 pp., por la Editorial del Pacífico en 1965.

Comentando esta obra en el tomo 5 de *Historia* (1966, pp. 292-294), don Jaime Eyzaguirre expresó:

“Gracias al empeño del fervoroso bibliógrafo don Guillermo Feliú Cruz, estas anotaciones, guardadas en el Archivo Nacional, se dan ahora a luz precedidas

⁶¹ Reseña de “F.N. del R.” (Félix Nieto del Río), *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 2, Santiago, 1933, pp. 269-270.

de un extenso y erudito prólogo del compilador sobre la génesis, vicisitudes y valor de la *Historia* de Gay. Los textos, escritos originalmente en francés, fueron vertidos al castellano por el profesor señor Luis Villablanca, con no escasa dificultad, dada la forma somera y no siempre ordenada con que Gay hizo sus anotaciones. Lo que se entrega así al público no puede considerarse, pues, una traducción literal, sino más bien una versión realizada con el mayor cuidado posible de aquellos apuntes... Son nuevos aportes acerca de una época llena de ideales y pasiones, heroísmos y violencias..."

Previamente, en 1962, había dado a prensa *Correspondencia de Claudio Gay*. Recopilación, prólogo y notas de Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz. Traducción del profesor Luis Villablanca. Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, LXXXVI + 19 pp., láminas, reseñada brevemente en pp. 368-369 (ítem 465) de *Historia*, N° 3:

En 1973, el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina publicó la obra póstuma de don Carlos Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio Gay* (2 tomos, 677 + 3 y 404 + 2 pp.) en la cual colaboró el profesor Feliú Cruz con una biografía del autor, un ensayo crítico y una bibliografía de Gay en el primer tomo. En el segundo se incluyó un estudio sobre Gay basado en el análisis de 38 cartas y escritos del científico francés hecho por el señor Feliú quien agregó también 7 informes sobre la *Historia física y política* presentados a la Academia de Ciencias de París. El texto del señor Stuardo, ampliamente documentado, presenta la vida de Gay poniendo énfasis en su trabajo en Chile. Incluye 111 documentos relativos al naturalista y diversos textos con su biografía debida a otros autores. El aporte del señor Feliú, como todas sus obras, abunda en erudición.

Don Francisco Antonio Encina, controvertido personaje de la historiografía chilena, fue estudiado por el profesor Feliú en un artículo titulado "Francisco A. Encina, historiador", publicado en *Mapocho*, tomo IV, N° 2, Vol. II, pp. 6-10 (1965), anticipo de un libro de 265 páginas que dio a luz en 1967, editado por Nascimento, con el mismo título y que fue brevemente reseñado en la revista *Historia*, N° 10 (p. 404, ítem 1616) que lo calificó como "completa y vasta visión sobre la personalidad de Encina (1874-1965) como historiador".

El señor Feliú contribuyó con varias investigaciones y recopilaciones documentales a la bibliografía sobre don Andrés Bello. Entre sus publicaciones sobre el tema destacamos "Andrés Bello y la administración pública de Chile", prólogo de 48 páginas a "Textos y Mensajes de Gobiernos", Volumen XVI de las *Obras Completas* de Andrés Bello, impreso en Caracas en 1964. "Andrés Bello y la historiografía chilena" es un breve pero enjundioso artículo inserto en *Mapocho* (Tomo IV, N° 3, pp. 231-263) en 1965. En la revista *Atenea* (N° 410, pp. 73-88) apareció el mismo año 1965 otro artículo ilustrativo

sobre un tema poco conocido: "La literatura de viajes sobre América y Chile y Andrés Bello", en el cual aprovechó material expuesto en sus *Notas para una bibliografía sobre viajeros relativos a Chile*, obra que referiremos más adelante.

En 1969, publicado por Nascimento, apareció un tomo del profesor Feliú titulado *Armando Donoso y su tiempo. (Vida y obra de un crítico literario)*. En 246 apretadas páginas entregó la biografía del señor Donoso (1886-1946), un erudito análisis crítico de su obra y la bibliografía del reputado escritor. Muchas opiniones estimaron que este es el estudio más acabado sobre uno de los literatos más importantes de Chile en la primera mitad del siglo XX.

La prensa chilena y la codificación 1822-1878. Introducción y recopilación de Guillermo Feliú Cruz. Antecedentes para la historia del Código Civil de Chile, obra de XXVI + 259 pp., editada en Santiago en 1966 por la Comisión Nacional de la Conmemoración de Andrés Bello, es otro aporte significativo del profesor Feliú, al igual que el artículo "La carrera administrativa de Andrés Bello en Chile 1829-1865", publicado en la *Revista del Pacífico*, N° 3, 1966, pp. 107-123 y el folleto de 32 páginas titulado *Los primeros contactos de Andrés Bello con Chile*, publicados el mismo año por la Editorial Universitaria.

Finalmente, dentro de este apartado, haremos mención especial de *Estudios sobre Andrés Bello*. Tomo I, compilados y prologados por Guillermo Feliú Cruz y publicados por el Fondo Andrés Bello en Santiago, 1966, en un volumen de XXXIII + 291 pp. Integran este volumen, en que se estudian diferentes facetas de la personalidad del señor Bello, trabajos de Lastarria, Amunátegui, Barros Arana, Arteaga Alemparte, Vargas Fontecilla, Enrique Montt, Alcibíades Roldán, Manuel Antonio Matta, Bernardino Opazo, Montaner Bello, Orrego Luco, Amunátegui Solar, Paulino Alfonso, Edwards Bello, Carlos Silva Vildósola, Eugenio Orrego Vicuña, Carlos Toribio Robinet, Ana Luisa Prats Bello, Francisco de Paula Taforó, Vicuña Mackenna y Emilio Vaïsse. Una "Bibliografía de don Andrés Bello", adicionada por el profesor Feliú, completó el volumen. Aunque el libro no aporta material nuevo, salvo el prólogo y la bibliografía, presta útiles servicios por la calidad del material recopilado.

Como ya se ha advertido en párrafos anteriores, el profesor Feliú Cruz fue un notable y erudito especialista en temas bibliográficos y publicó muchos ensayos sobre esta materia, imposibles de ser detallados en este estudio. Por ello nos limitaremos a analizar aquellos de mayor proyección.

En 1965 el señor Feliú entregó un tomo de 281 páginas titulado *Notas para una bibliografía sobre viajeros relativos a Chile*, impreso por la Editorial

Universitaria. Comprende este volumen una introducción, un estudio sobre “Los viajeros como fuente de información histórica y su aprovechamiento por la historiografía nacional”, una disertación sobre colecciones bibliográficas de viajeros en bibliotecas públicas y privadas, destacando especialmente las bibliotecas americanas de don Andrés Bello, Manuel Carvallo, Diego Barros Arana, Gregorio Beeche, Benjamín Vicuña Mackenna, Ramón Briseño y José Toribio Medina. La tercera parte de la obra la intituló “Apuntes para una bibliografía de viajeros sobre Chile” en que enlistó con información bibliográfica completa 435 libros y agregó 144 títulos de “Autores chilenos sobre viajeros” o sea “Letras de autores chilenos sobre viajeros referentes a Chile o a otros países del continente americano”. Esta obra es de gran utilidad y resolvió muchos problemas de identificación de autores, demostrando al mismo tiempo la indiscutible utilidad de los libros de viajes como fuentes historiográficas. En este rubro también es conveniente mencionar el artículo ya citado del profesor Feliú “La literatura de viajes sobre América y Chile y Andrés Bello”, publicado en *Atenea*, N° 410, octubre-diciembre de 1965, pp. 73-88.

En 1965 se conmemoró el centenario de la muerte de don Andrés Bello y como un homenaje a su memoria, el señor Feliú, Director de la Biblioteca Nacional, decidió reeditar en forma facsimilar los dos tomos de la *Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena 1812-1876* de Ramón Briseño y Ruiz Calderón, “el primer bibliógrafo chileno”, según el profesor Feliú, que fue compuesta por encargo especial del Consejo de la Universidad de Chile a sugerencia de don Andrés Bello. La obra del señor Briseño, lujosa edición príncipe en dos tomos publicada en 1862 y 1879 respectivamente, se había convertido en una joya bibliográfica y era prácticamente imposible de encontrar. La reedición venía a llenar esta dificultad que entorpecía la labor de los investigadores y estudiosos. Paralelamente, el profesor Feliú Cruz encomendó a don Raúl Silva Castro, en ese momento Jefe de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional, erudito bibliógrafo, notable crítico literario y miembro de número de las academias chilenas de la lengua y de la historia, que investigara los vacíos de que adolecía la obra de Briseño, trabajo que culminó con la publicación de un volumen de 473 páginas titulado *Adiciones y ampliaciones a la Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena (1819-1876) de Ramón Briseño*, que se publicó en Santiago en 1966 con Introducción de don Guillermo Feliú Cruz. El señor Silva Castro registró 2.787 publicaciones que Briseño no conoció y con ello la bibliografía chilena del período 1812-1876, aparentemente quedó completa.

Como introducción a esta gran tarea, el profesor Feliú publicó una obra monumental en 4 tomos que lleva por título *Historia de las fuentes de la*

*bibliografía chilena. Ensayo crítico*⁶², en la cual revisó críticamente a todos los autores chilenos de las diferentes áreas del saber que directa o indirectamente contribuyeron al conocimiento bibliográfico. La obra, de erudición indiscutible, refleja un larguísimo y duro trabajo de investigación en innumerables fuentes, que solo un gran conocedor del tema podía componer. En otras palabras, estos 4 tomos son el resultado final de una tarea que demandó 50 años de trabajo a su autor y para la cual elaboró una metodología muy especial que le permitió alcanzar un resultado que será muy difícil superar.

En el prólogo que aparece en el Tomo I (pp. XVII-XXIV), fechado en Santiago en marzo de 1966 que el profesor Feliú tituló “Dos palabras. El significado y alcance de este ensayo. El plan”, el autor plantea su curiosidad y su inquietud ante la carencia de un estudio monográfico sobre el tema: “Llama la atención que un país como Chile, donde el cultivo de las disciplinas de la erudición bibliográfica, en su doble carácter, histórico y crítico, han alcanzado tan serio significado, carezca de una monografía, de un estudio o de un ensayo, que presente, en su conjunto, este capítulo de su vida intelectual. Bastaría citar un nombre para comprender la importancia de tal ciclo en la historia literaria nacional...”⁶³. El nombre al que alude el profesor Feliú es, evidentemente, el de José Toribio Medina.

A continuación, el señor Feliú entregó un análisis de la bibliografía chilena en los siglos XVIII y XIX. Respecto del siglo XVIII señala que los cultores fueron pocos, destacándose el abate Juan Ignacio Molina, José Pérez García y Vicente Carvallo y Goyeneche.

En el siglo XIX, a juicio del profesor Feliú, los estudios de erudición bibliográfica tuvieron más cultivadores,

⁶² Guillermo Feliú Cruz, *Historia de las fuentes de la bibliografía chilena. Ensayo crítico. Introducción a la edición facsimilar de la Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena de Ramón Briseño 1812-1876*. Obra realizada por la Biblioteca Nacional bajo los auspicios de la Comisión Nacional de Conmemoración del Centenario de la muerte de Andrés Bello. Santiago, Editorial Universidad Católica, Tomo I (384 pp.), 1966; tomo II (435 pp.), 1966; tomo III (497 pp.), 1968; tomo IV (572 pp.), 1969. En el tomo I, p. XV aparece la siguiente dedicatoria que habla por sí sola: “A mi hija Ximena, Bibliotecaria. El conocimiento de la Historia de la Bibliografía Chilena es un deber que te impone el sacerdocio de la carrera que has escogido. Alentará tu fe en las creaciones de tu espíritu para servir con patriotismo el fin social –sobre todo– de tu misión, que implica el renunciamiento de las ansias personales del saber para darlo a otros. Tu Padre”. Los tomos están ilustrados con láminas a color y en blanco y negro.

⁶³ Feliú Cruz, *Historia de las fuentes...*, tomo I, p. XVII.

“... los llamados historiadores clásicos, que dan fisonomía a las letras nacionales, que opacan con sus libros los otros géneros literarios, la novela, la poesía, el teatro, quedando la Historia en un sitio de superior preponderancia. Por inclinación irresistible, por la imperiosa necesidad de conocer las fuentes impresas en que asentábase el conocimiento de Chile, por extraer de la documentación original la versión íntima de los hechos, esos tres historiadores, en cumplimiento de una severa metodología científica, hicieron bibliógrafos. Con su propia acción, por otra parte, contribuyeron a hacer la historia en la política, en las letras, en la educación, en el periodismo y en la administración pública. Se llamaban estos historiadores clásicos, Miguel Luis Amunátegui... Diego Barros Arana... y Benjamín Vicuña”⁶⁴.

En todo caso, el primer bibliógrafo, que se podría llamar “profesional” y que emplea una técnica y método propio, fue Ramón Briseño, a quien la Universidad de Chile y don Andrés Bello –a juicio del señor Feliú– hicieron bibliógrafo⁶⁵, al encargarle la compaginación sistemática de la bibliografía nacional entre 1812 y 1859 y luego de 1860 a 1876⁶⁶.

Luego de este análisis, el profesor Feliú pasa a explicar el objetivo de su obra, cual es presentar un cuadro crítico general de las fuentes de la bibliografía chilena. El autor aclara el sentido de esta expresión diciendo que

⁶⁴ Feliú Cruz, *Historia de las fuentes...*, tomo I, pp. XVIII-XIX.

⁶⁵ Feliú Cruz, *Historia de las fuentes...*, tomo I, p. XIX.

⁶⁶ El profesor Feliú analizó en detalle la vida y las obras de Ramón Briseño (1814-1910) en el tomo II, pp. 3-125. Los autores de este trabajo, descendientes directos del filósofo, profesor, Conservador y Director de la Biblioteca Nacional, miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y autor de varias obras de filosofía, historia, derecho y bibliografía, facilitó al señor Feliú los papeles personales del biografado, gesto que don Guillermo agradeció en una breve nota (Nº 3) en p. 124 del tomo II, y no contento con esto, confeccionó una edición especial del trabajo, en limitado número de ejemplares, que tituló *Ramón Briseño. Vida y obra del primer bibliógrafo chileno 1814-1910*, Santiago, Editorial Universidad Católica, 1966, 125 + XCV pp. Estas últimas páginas contienen: “I. Apuntes autobiográficos de don Ramón Briseño”, “II. Autobiografía de Ramón Briseño”, “III. Etimología u origen de mi nombre y apellido”, “IV. Don Ramón Briseño y Ruiz Calderón” (biografía del bibliógrafo, redactada por Baltasar Alemany, Luis Montt y Ramón C. Briseño), “V. Catálogo bibliográfico de los títulos de las publicaciones que, por orden cronológico, ha hecho desde 1842 hasta 1905 don Ramón Briseño”, “VI. Bibliografía de D. Ramón Briseño” (preparada por Emilio Vaïsse), “VII. Exposición que, en defensa de injusticias gubernativas y de algunos detractores más, escribí en 1886”, y “VIII. Noticias históricas, estadísticas y orgánicas de la Biblioteca Nacional hasta 1883”. El libro fue ilustrado con una hermosa reproducción a todo color de un retrato de Briseño hecho por Ernesto Chartron de Treville, cuyo original donamos a la Biblioteca Nacional por especial encargo de la señora Elvira Briseño Tagle de Yoacham. Esta obra del profesor Feliú fue reseñada por C.G.Y. en *El Mercurio* (Santiago), 11 de noviembre de 1966.

“Entendemos por tal, todos los elementos bibliográficos que directa o indirectamente tienen relación con Chile”⁶⁷.

El trabajo lo dividió el señor Feliú en dos secciones. En la primera se estudian las fuentes extranjeras, donde la bibliografía presenta tres aspectos importantes: primero, los autores nacionales que han escrito sobre Chile fuera del país; segundo, escritores españoles o americanos que han escrito sobre Chile o se han referido a autores nacionales, y tercero, autores franceses, ingleses, alemanes, italianos, etc. que se han ocupado del el país (naturalistas, viajeros, geógrafos, etc.).

En la segunda sección analizó las fuentes internas de la bibliografía chilena.

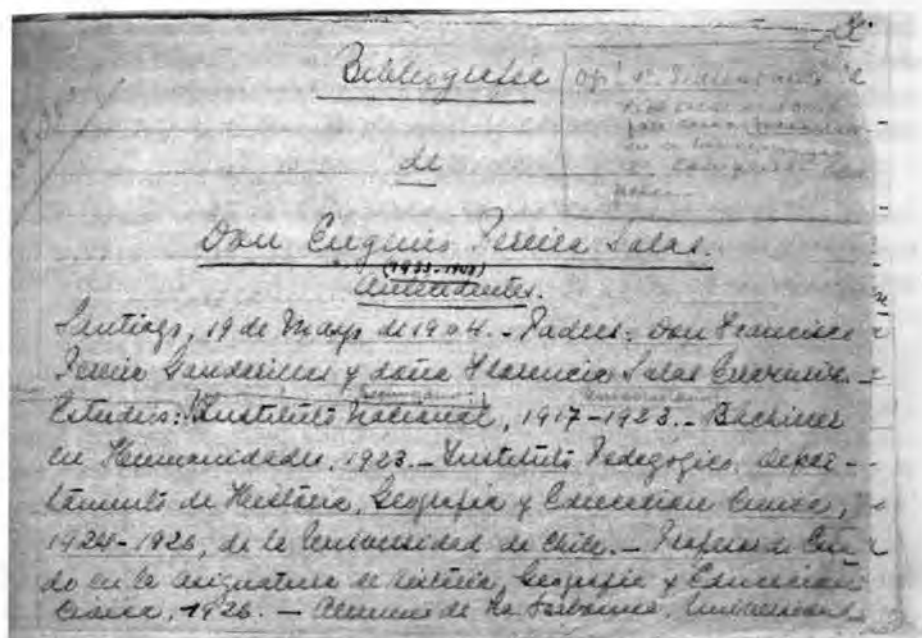
El nexo de unión entre ambas fue el abate Molina, quien, en el siglo XVIII, publicó en Italia un *Catálogo de los escritores de las cosas de Chile*, dado a la luz en el segundo tomo de *Saggio Sulla Storia Civile del Chili*. El profesor Feliú añadió que

“Por el hecho de constituir Molina el nexo de unión entre la bibliografía externa y la interna, ya que él era oriundo de Chile y escribió en lengua italiana y publicó su libro fuera de la patria, y por contarse el Abate entre los cronistas del siglo XVIII, su nombre nos ha llevado a considerar los cronistas anteriores a ese siglo y los que en el suyo escribieron, como lejanos precursores de la bibliografía chilena. La revisión de ellos desde el punto que indicamos, pobre en general, proporciona antecedentes que nos pareció no debíamos despreciar. Y es a partir de aquí que entramos con propiedad en el terreno que comprende este ensayo. El tema se abre con los modestísimos orígenes de la bibliografía chilena en el siglo XIX, para ir perfeccionándose gradualmente y asumir categoría superior al comenzar el siglo actual”⁶⁸.

Resultaría demasiado largo resumir los contenidos de esta obra monumental que abarca un total de 1843 páginas, y por ello instamos al lector a revisar a lo menos los 4 volúmenes para dimensionar la calidad y erudición del trabajo, verdaderamente enciclopédico. Tenemos entendido que el profesor Feliú dejó casi terminado el tomo V en que estudiaría los bibliógrafos nacidos desde 1899 en adelante.

⁶⁷ Feliú Cruz, *Historia de las fuentes...*, tomo I, p. XX.

⁶⁸ Feliú Cruz, *Historia de las fuentes...*, tomo I, p. XXIII.



Bibliografía de don Eugenio Pereira Salas. Manuscrito de don Guillermo Feliú Cruz. Este material lo utilizaría el erudito en el tomo V de la *Historia de las fuentes de la bibliografía chilena* que no alcanzó a publicar. Manuscrito en poder de C.G.Y.

Llama la atención que una obra de la envergadura e importancia como la que hemos descrito, no hubiese sido reseñada in extenso por las principales revistas históricas del país; solo la revista *Historia* de la Pontificia Universidad Católica de Chile se refirió a ella en su sección "Fichero bibliográfico". Respecto de los dos primeros tomos anotó: "El primer tomo está dividido en dos partes. La primera, dedicada al estudio de las fuentes externas, la inicia el autor con un estudio sobre Antonio de León Pinelo, "el primer bibliógrafo americanista". Estudia igualmente a Nicolás Antonio, Diego Barboza Machado y Andrés González Barcia, entre otros. Termina esta primera parte, con un completo estudio sobre José de Rezabál y Ugarte, ya publicado⁶⁹ ... La segunda parte está dedicada al estudio de las fuentes internas, especialmente los cronistas, las obras de J. I. Molina, memorias universitarias del siglo XIX, y a

⁶⁹ Guillermo Feliú Cruz, "Un bibliógrafo español del siglo XVIII: José de Rezabál y Ugarte, Oidor Regente de la Real Audiencia y Presidente interino de la Capitanía General de Chile: Estudios biográfico, bibliográfico y crítico", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 74, Santiago, 1966, pp. 74-121.

los historiadores chilenos clásicos. En el segundo tomo, dedicado a los grandes bibliógrafos chilenos del siglo XIX y XX [sic] el autor analiza la labor de Ramón Briseño, Diego Barros, Benjamín Vicuña y en especial, la de J. T. Medina⁷⁰.

Sobre el tomo III la misma revista afirmó: “Estudia el autor las fuentes internas de la bibliografía chilena, en especial la obra de los bibliógrafos e historiadores del siglo XIX”. Sobre el tomo IV agregó: “Analiza el autor los bibliógrafos incidentales y profesionales del siglo XIX. Hay separatas⁷¹”.

Como hemos dicho anteriormente, los ensayos bibliográficos del profesor Feliú son muy numerosos y no podemos siquiera enlistarlos en este estudio. Por ello, y para finalizar este apartado, solo citaremos su estudio introductorio a la *Bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta Febrero de 1817* de José T. Medina, publicado en segunda edición facsimilar por el Fondo Medina en 1960. La introducción a las *Adiciones y ampliaciones...* analizada previamente, es otro aporte de indudable importancia. A ellos habría que sumar las bibliografías de los historiadores que estudió en forma pormenorizada y que hemos citado previamente y otros ensayos señalados por los profesores Cifuentes Arce y Fuenzalida Maldonado en su bibliografía del señor Feliú. La primera versión de la *Bibliografía de la imprenta* fue reseñada por don Aniceto Almeyda en el N° 96, 1940, p. 373 de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

Las áreas de historia jurídica, historia de las instituciones, biografías e historia política y social tampoco fueron ajenas a las investigaciones del señor Feliú y en ellas se demostró tan eximio y erudito como en la recopilación y edición de fuentes para la historia de Chile, en los estudios bibliográficos y en el análisis de diferentes historiadores.

En 1920, William Belmont Parker editó en Santiago un breve diccionario biográfico con el título de *Chileans of To-Day*, en el que el profesor Feliú colaboró con sesenta y ocho biografías, entre las que se destacan las de Arturo Alessandri, Domingo Amunátegui, Miguel Luis Amunátegui, Virginio Arias,

⁷⁰ “Fichero bibliográfico”, *Historia*, N° 7, 1968, p. 339, ítem 1120.

⁷¹ “Fichero bibliográfico”, *Historia*, N° 10, 1971, p. 369, ítems 1320 y 1321. La frase “Hay separatas” de la breve reseña, remite al lector al estudio sobre Rezábal y Ugarte, solamente, omitiendo el estudio del señor Feliú, “Juan Luis Espejo: Una vida consagrada a la investigación histórica y genealógica”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 81, Santiago, 1969, pp. 41-68, que en la *Historia de las fuentes...* ocupa las pp. 364-377 del tomo IV y otras breves monografías provenientes también de *Historia de las fuentes...* que fueron editadas como folletos.

Emilio Bello Codesido, Alberto Blest Gana, Gonzalo Bulnes, Abdón Cifuentes, Miguel Cruchaga Tocornal, Armando Donoso, Crescente Errázuriz, Emiliano Figueroa, Tomás Guevara, Ramón A. Laval, Enrique Mac Iver, Enrique Matta Vial, José T. Medina, Ricardo Montaner, Julio Montebruno, Armando Quezada Acharán, Salvador Sanfuentes, los hermanos Tomás y Luis Thayer Ojeda y Eliodoro Yañez, entre otros.

El estudio titulado *La primera misión de Estados Unidos de América en Chile*, escrito en colaboración con el Embajador William Miller Collier, publicado en 1926, se constituyó en un pionero en el campo de la historia de las relaciones internacionales. Este libro tiene una importante y sólida base documental con materiales chilenos y norteamericanos y está escrito con fiel apego al método narrativo, acompañado del contexto crítico y analítico inherente a una obra historiográfica⁷².

En 1933, en colaboración con su amigo venezolano, el profesor y escritor Mariano Picón Salas, el profesor Feliú dio a luz un trabajo de gravitación titulado *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas de los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos*, editado por Nascimento, obra que en cierta medida fue complementada por un trabajo de 200 páginas, publicado mucho más tarde, en 1970, por la Editorial Andrés Bello, con el título de *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de los viajeros*.

La notable personalidad de Vicente Pérez Rosales, aventurero en California durante la fiebre de oro, agente de colonización, colonizador de la región sureña, pintor y dibujante y, sobre todo, hombre de letras, autor entre muchas otras obras de *Recuerdos del pasado*, *Diario de un viaje a California*, *Diccionario de "El Entrometido"*, *Ensayo sobre Chile*, obras clásicas de la literatura nacional, fue una motivación que acicateó el espíritu del profesor Feliú, pues veía en él a un chileno de excepción.

En 1934 apareció en los *Anales de la Universidad de Chile* (3ª Serie, Tomo XCII, pp. 5-33) un artículo que el señor Feliú tituló "Pérez Rosales. Apuntes",

⁷² El erudito historiador Samuel F. Bemis y la acreditada bibliógrafa Grace G. Griffin, estiman que para el profesor Feliú y el Embajador Collier "were available some very valuable MS sources previously not used: the papers and diary of José Miguel Carrera, the Chilean patriot and revolutionist, during his contact with Joel R. Poinsett in Chile during his mission to the United States in 1816-1818, papers of Comodore Porter in possession of one of the authors, Mr. Collier (American Ambassador to Chile at the time) and other documents in the Biblioteca Nacional de Chile, etc. The book is a very valuable contribution". Samuel F. Bemis and Grace G. Griffin, *Guide to the Diplomatic History of the United States, 1775-1921*, Gloucester, 1963, p. 178, ítem 1063. En términos semejantes se expresa R.A. Humphreys en Charles C. Griffin (Ed.), *Latin America. A Guide to the Historical Literature*, ya citada, p. 318, ítem 3503.

del cual se hizo una edición en separata. Hernán Díaz Arrieta (Alone), a quien muchos escritores temían por sus punzantes, agudas y muchas veces destructivas críticas, estampó estas observaciones sobre el trabajo:

“Apuntes, dice modestamente Feliú Cruz; ensayo e investigaciones, críticas literarias, psicológicas y hasta étnicas tendría el derecho de estampar en el subtítulo. De todo eso participan sus valiosas y breves páginas dadas a luz en los Anales de la Universidad y que aparecen en tirada aparte.

Es una de las más interesantes contribuciones al estudio del mejor libro chileno, como reconocen, con Unamuno, todos los hombres de gusto, a los “Recuerdos del Pasado”. Se ve conocimiento íntimo de la cuestión, espíritu de seriedad para ahondarla, sin ánimo de darle colorido, sino luz, no para glosar comentarios o hacer cuadros de efecto, sino para allegar datos y sugerir reflexiones. Recojamos algunas.

“No puede negarse que la enseñanza religiosa deprime el espíritu del hombre y resta franqueza y espontaneidad al corazón” dice Feliú (pág. 11). Y así parecería; pero ¿y don Crescente Errázuriz? ¿Y el propio don Vicente Pérez? Afirmaciones tan rotundas corren peligro de darse vueltas.

Otro tanto, en menor grado, ocurre con las influencias raciales. El señor Feliú Cruz ha sufrido, evidentemente, la sugestión de don Francisco A. Encina. Por ahí (págs. 16 y 20), le toma hasta el lenguaje. Y también el exceso de confianza en la acción de la sangre. La verdad es que mientras los estudios etnológicos no precisen sus postulados, la clave de la raza servía para abrir todas las puertas, aun las que siguen después más cerradas...

Muy acertada nos parece, en cambio, su síntesis de un pasaje de *Portales* al caracterizar a los grandes administradores chilenos del pasado siglo: “... hay (en él) tres cualidades que no lo mueven con desinterés y lo hacen mirar como propia cualquiera de las gestiones que les son encomendadas. En primer lugar, el deseo de servir lealmente al Gobierno. El que sirve al Gobierno sirve al pueblo que representa, porque esa es la manera de ser patriota... En segundo lugar, la honradez. Honradez personal que se confunde con la administrativa. Debe haber decencia personal y funcionaria, moralidad privada... Y en tercer lugar, debe haber concepto del espíritu público. Ello implica desaparecimiento personal del individuo, el sacrificio... y hay orgullo en servir al Estado chileno y ser hijo de ese Estado pobre, honrado y patriota”.

Excelentes palabras que serían aun más excelentes si el señor Feliú Cruz advirtiera que todas esas cualidades, cuya luz realza a los mandatarios del Chile antiguo, emanan, como de un foco, del ejemplo y la doctrina de don Diego Portales.

Y si añadiera que así mismo lo dice don Francisco A. Encina⁷³.

⁷³ Reseña de Hernán Díaz Arrieta, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Nº 5, Santiago, 1935, pp. 238-239.

En 1941 el señor Feliú y su ex alumno Carlos Monge Alfaro publicaron, con el patrocinio del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires, una monografía sobre el sistema de encomiendas en Chile. El trabajo de 243 páginas que se titula *Las encomiendas según tazas y ordenanzas*, aportó nuevos antecedentes para el estudio de la institución indiana.

En 1942, Ediciones de la Universidad de Chile entregó el ensayo del profesor Feliú sobre *La abolición de la esclavitud en Chile. Estudio histórico y social*, en el que analizó detalladamente y con gran acopio documental las vicisitudes de la abrogación de la institución esclavista, que en Chile, segundo país en el mundo en abolir la esclavitud, “no dio origen a ningún género de dificultades en el orden social, económico y político”⁷⁴. El autor incluyó en este libro, como Apéndice un ensayo que tituló “Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX” (pp. 257-305), en el que expuso que

“El objeto de este estudio es presentar en la forma de un esquema, de un panorama o de un ensayo, los rasgos más salientes y esenciales de la evolución social en Chile en el siglo XIX. Un plan o método así concebido es siempre arbitrario. Lo es por dos razones. Porque el historiador se encuentra obligado a trazar una síntesis en que desecha todos los datos que llevan a una demostración, o a la contradicción de esa demostración, o bien, porque debe ser creído bajo la virtud de la autoridad de su palabra. Un método semejante induce a concepciones precipitadas. La lengua del historiador necesita ser clara, precisa y matemática. Los términos, las palabras que asocian conceptos ideológicos, que cambian de una época a otra, debe eliminarlos cuidadosamente. Perturban, sin duda alguna, el raciocinio... Mi ensayo adolece de los dos defectos que he señalado. He debido abandonar las pruebas que corroboran mis asertos; he debido aspirar a ser creído bajo la fe de mi palabra. No trato tampoco de convencer a nadie. Cuando se asume el papel de historiador de un período lejano, lo único que interesa es ser objetivo, gráfico. Esta ha sido mi aspiración en este estudio. Las ideas, las doctrinas en el devenir de la historia, carecen de importancia para mí. Mucho más me interesa seguir la ley de la vida, su juego, su armonía y desarmonía, la ley biológica que impulsa la historia. Soy demasiado escéptico para apasionarme por las cosas del pasado: en ellas miro sólo el prodigioso arte de la vida. Quien sabe si este esquema participe de este escepticismo”⁷⁵.

⁷⁴ Guillermo Feliú Cruz, *La abolición de la esclavitud en Chile. Estudio histórico y social*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1942, p. 9.

⁷⁵ Feliú Cruz, *La abolición de la esclavitud en Chile...*, pp. 259-261. El ensayo sobre la evolución social de Chile también fue publicado en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 17, Santiago, 1941, pp. 5-30.

La obra, primorosamente impresa, contiene también 67 láminas en blanco y negro descritas en detalle, una bibliografía de documentos y obras sobre el proceso de abolición y otra similar sobre José Romero, “un mulato ilustre”.

La abolición de la esclavitud en Chile... fue reseñada por don Domingo Amunátegui Solar en los siguientes términos:

“Don Guillermo Feliú Cruz, conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, acaba de dar a luz un interesantísimo estudio sobre la “Abolición de la Esclavitud en Chile”, en el cual despliega sus excelentes cualidades de erudito bibliográfico y de historiador perspicaz.

Está demás advertir que Feliú Cruz sólo trata en su obra de la esclavitud africana.

Ya Barros Arana había dado a conocer los principales datos sobre la campaña política y social que dio por resultado en nuestro país la libertad completa de los que gemían amarrados bajo el yugo de sus dueños; pero Feliú Cruz ha proyectado plena luz sobre algunos cuadros que habían permanecido inadvertidos y ha dado al asunto las proyecciones de un verdadero drama.

El ejemplo de este escritor, que es distinguido literato, manifiesta que en la nueva generación no se ha apagado el amor por el cultivo de la historia patria. Feliú Cruz empieza por hacer una certificación de importancia al gran historiador chileno.

Barros Arana había asegurado que a nuestro país le correspondía la prioridad de haber abolido de un modo definitivo la esclavitud de los negros. Con motivo de la ley de 1823, estampó esta afirmación con el tomo 13 de su *Historia General*.

Por desgracia, esto no era exacto. “Dinamarca, recuerda Feliú Cruz en la introducción de su libro, fue la primera que, en 1792, abrogó para siempre jamás en sus dominios el tráfico de los esclavos y de la trata de negros...”

Feliú Cruz reconoce a don Manuel de Salas su entusiasmo por la supresión de la esclavitud y la paternidad que le corresponde en la primera ley que en 1811 borró de nuestras instituciones la esclavitud africana.

Pero, cuando la pluma del historiador llega al más alto grado de fuerza y colorido, cuando causa mayor efecto en el ánimo del lector es en las cálidas páginas que consagra a la trágica contienda trabada entre don Mariano Egaña, ministro de gobierno, y don José Miguel Infante, miembro conspicuo del Senado de 1823 y autor de la ley que dio a los esclavos su definitiva emancipación.

En sesiones privadas, Infante reveló al Senado la manera cómo los dueños de esclavos burlaban la ley de don Manuel de Salas.

“La suerte de los esclavos, aseguraba, se ha visto perturbada desde que el Alto Congreso de 1811 declaró la libertad de los vientres... Desde entonces hasta ahora, los dueños de los esclavos no cumplen con esa ley, primero, debido a que no inscriben a los hijos de los esclavos en los registros parroquiales, testificando como era de su deber, la calidad de libres de esos individuos”.

“Los esclavos, agregaba más adelante, defienden el carácter legal con que nacen sus hijos, como es natural; no alegan por ellos, que están conformes con su miserable estado, pero no pueden ver impacientes que sus mujeres, en estado de cinta, sean conducidas al aborto, estrechadas a alumbrar antes de tiempo, a fin de no concederles la libertad a esos seres. Y, cuando se resuelven a tolerar el alumbramiento, con dilaciones espaciosas, con recursos calculados, impiden dejar constancia en los registros parroquiales, de acuerdo con los párrocos, de que ese individuo era, civilmente, libre”.

“Han sido arrancados de los hogares de sus dueños, continuaba el valiente patriota, como cerca de dos mil esclavos y cuatrocientos jóvenes, para ser llevados a lejanos fundos: allí se les ha arrojado en miserables galpones para vivir, atados con cordel, para que no puedan fugarse. Algunos han sido marcados a fuego, porque se han rebelado contra una tal ignominia. Las jóvenes esclavas han sido entregadas al ludibrio de los trabajadores de las haciendas, violadas y vejadas, una y mil veces, para hacerlas infecundas, por la frecuencia del comercio del acto. Los matrimonios jóvenes han sido separados, y no ha bastado el llanto ni el dolor, la súplica y la agonía de estas pobres gentes, para merecer el perdón... Debería yo denunciar a estos hombres en el Senado; pero no lo haré todavía, porque espero se convenzan del crimen que cometen, y que aun pueden reparar”.

“Son cuatro mil ciudadanos los que gimen bajo el peso de una ley bárbara, terminó el orador. Son cuatro mil conciencias las que lloran su desgracia. Son cuatro mil víctimas las que piden amparo a los que, en nombre del derecho y de la dignidad del individuo, hemos hecho la revolución”.

“Un silencio profundo llenó la sala, escribe Feliú Cruz. Eran las ocho y media de la noche. Ardían humeantes los candiles, cuyas luces penumbrosas daban al espectáculo sensación de gravedad. El momento era serio. Se levantó de su asiento, y con voz ronca y conmovida declaró: “Después de muerto, no querría otra recomendación para la posteridad, ni otro epitafio sobre la lápida de mi sepulcro que el que se me llamase autor de la moción sobre la libertad de los esclavos”.

El Senado aprobó por unanimidad el proyecto presentado por Infante, en el cual se declaraban libres a todos los esclavos existentes en Chile y a todos los que pisaran el suelo nacional.

La narración publicada por don Guillermo Feliú Cruz encierra uno de los capítulos más gloriosos de la historia de nuestro país. Sería de desear, sin embargo, que el autor completara su obra con una relación igualmente minuciosa de la historia de la esclavitud de los indígenas.

Esta fue decretada por el rey Felipe III, con fecha 16 de mayo de 1608, y sólo fue derogada en 20 de diciembre de 1674, por la reina doña Mariana de Austria.

Según las disposiciones dictadas, sufrían este horrible castigo todos los araucanos apresados en la guerra contra los españoles, esto es, todos los indígenas que tomaban las armas para defender su independencia.

La abolición de esta feroz esclavitud encierra sin duda mucho mayor trascendencia social y política que la emancipación de los negros, no sólo por el número de los seres beneficiados con ella, sino también a causa de la extraordinaria influencia ejercida por los indígenas en la formación de la nacionalidad chilena”⁷⁶.

En la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 102 (1943), apareció una segunda crítica, firmada por “M.M.”, quien en lo medular destacó:

“... esta obra de don Guillermo Feliú, aunque cubierta por un título único, comprende en realidad tres trabajos diversos, si bien relacionados entre sí. De dichos trabajos sólo el primero y de más importancia, con sus IX capítulos, ... responde al título de la obra. El capítulo X... trae una información biográfica sobre el “zambo peluca”, o sea el mulato José Romero, personaje muy popular y de cierta actuación en la primera mitad del siglo pasado, que Feliú presenta como caracterizado exponente de su clase. El tercer tema de la obra, encerrado en el capítulo XI, ...y que el autor ha subtítuloado “Apéndice”, corresponde a “Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX”, síntesis de mérito que ya había visto la luz pública al darla a conocer Feliú en 1941...”. Más adelante, refiriéndose al carácter del trabajo, señaló: “*La Abolición de la Esclavitud en Chile*, aun cuando el autor la llama “Estudio Histórico y Social”, más que social es un estudio jurídico, en que se ha seguido paso a paso la marcha de la legislación sobre la esclavitud en Chile”⁷⁷.

En 1948 don Guillermo Feliú publicó en la revista *Atenea* un estudio titulado “Un ensayo sobre Vicente Reyes, costumbrista”, en el que estudió la labor del señor Reyes (1835-1918), dejando de lado la actividad política del biografiado y destacando su labor literaria en el género y sus contribuciones a las letras chilenas⁷⁸.

El profesor Pereira Salas criticó esta monografía diciendo:

⁷⁶ Reseña de Domingo Amunátegui Solar, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Nº 21, Santiago, 1942, pp. 121-123. Para el profesor David Bushnell, la obra del profesor Feliú es “A very good study of the Chilean antislavery movement and of the adoption during the independence period itself, first of the free-birth principle and then of complete emancipation. Text not documented, but there is a long annotated bibliography. Appendix is a background essay on nineteenth-century social evolution”. Griffin (Ed.), *Latin America. A Guide to Historical Literature*, p. 336, ítem 3663.

⁷⁷ Reseña de “M.M.”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 102, Santiago, 1943, pp. 404-405.

⁷⁸ Guillermo Feliú Cruz, “Un ensayo sobre Vicente Reyes, costumbrista”, *Atenea*, Nº 281-282, Concepción, Universidad de Concepción, 1948, pp. 54-91. Hay edición en separata.

“No se había abordado hasta el presente libro, el estudio de una de las facetas de la personalidad de don Vicente Reyes (1835-1918), unida por muchos aspectos a la vida política del país y a momentos espectaculares de la lucha cívica electoral. Guillermo Feliú, con finura de escritor y erudición bibliográfica, ha trazado una movida silueta del hombre y del costumbrista, recogiendo de la prensa volandera, de la revista y del diario la labor de Vicente Reyes que permita juzgarlo con imparcialidad dentro de ese género que surgió con bríos en la primera mitad del siglo XIX en Chile. Posterior a Sarmiento y a Lastarria, las Revistas Semanales de Reyes forman un cuadro acertado de la vida santiaguina de esos años, “crónicas de los sucesos del período, inventarios, catálogos de sucesos ocurridos en la capital”. Allí en las páginas de *El Ferrocarril*, está lo mejor de la obra periodística de don Vicente Reyes, esa que todavía puede leerse con ánimo retrospectivo para estudiar la existencia nacional en los aspectos en que la enfocara la visión aguda pero restringida del costumbrista... La semblanza del señor Feliú se lee con interés y su pluma corre con gracia y simpatía destacando con acierto los rasgos definidores del escritor, del político y del hombre”⁷⁹.

El libro del profesor Feliú titulado *1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross. Ensayo de interpretación*, obra de 210 páginas con estudio preliminar de don Francisco Antonio Encina, impreso en 1950, es un interesante aporte historiográfico y abrió el camino para reinterpretar el período del “Parlamentarismo Criollo”, tema muy en boga en nuestros días como lo demuestran los estudios de Julio Heise González, Gonzalo Vial Correa y Harold Blakemore, entre otros. La vida de Agustín Ross Edwards (1844-1926), político, banquero, senador, revolucionario en 1891, Ministro Plenipotenciario ante el Reino Unido, Consejero de Estado y autor de varios libros sobre economía, sirvió de pretexto al señor Feliú para entregar su propia visión e interpretación, producto de sus investigaciones, del duro período enmarcado por la Guerra Civil de 1891 y el primer gobierno de don Arturo Alessandri Palma. Sobre este aspecto el autor expresó:

“He querido valerme de la vida de un hombre de larga actuación pública, como fue la de Agustín Ross, dotado de una poderosa inteligencia, para presentar, con tal pretexto, conforme mi personal criterio, un esquema de la evolución política, social y económica de Chile, en sus líneas más generales —en las más amplias posibles— del período que corre desde 1891 hasta 1924... Sé perfectamente que mis opiniones y mis interpretaciones no van a satisfacer a muchos. Es natural que así sea. No tengo la pretensión de convencer a nadie.

⁷⁹ Reseña de “E.P.S.” (Eugenio Pereira Salas), *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 113, Santiago, 1949, p. 293.

No hay sofisma más grande que aquel que exige del historiador la renunciación de su personalidad. No hay hombre que no tenga una formación mental determinada, y que conforme a ella juzgue los fenómenos, de cualquier orden que estos sean. Mucho más variará el criterio, cuando esos fenómenos entrañan el descubrimiento del ritmo de los hechos sociales y espirituales, y de aquellos otros tan diversos que los canalizan. La imparcialidad del historiador consiste en estudiar bien, en llegar a tener una información, lo más completa, del material histórico; en apreciar sin pasión los sucesos sobre los cuales va a escribir. Pero exigirle que abjure de sus sentimientos, que destruya su personalidad, es imponerle algo imposible... Ni el más severo juez deja de impresionarse en un sentido o en otro. La buena fe, la sana intención, el propósito de escribir como se piensa, con la mayor honradez, sin favorecer una tesis ni servir causas determinadas, es lo más que puede hacer un escritor de las cosas del pasado...”⁸⁰

No deja de llamar la atención la honestidad del planteamiento del profesor Feliú y su clara concepción del rol que debe asumir el historiador frente a los temas que estudia. Él entrega su propia interpretación y no trata de convencer a sus lectores, aporta su grano de arena y con ello contribuye a uno de los aspectos más apasionantes de la historiografía: el debate, la polémica sana y respetuosa entre puntos de vista diferentes, opuestos, conflictivos. Con razón el gran maestro norteamericano Carl Lotus Becker expresó una verdad que es indiscutible: *“Every man his own historian”*, “Cada hombre es su propio historiador”. Tan cierto es lo que afirmamos, que el lector podrá comprobarlo de inmediato al leer la crítica que don Ricardo Donoso hizo al libro:

“En este volumen el señor Feliú ha recogido diferentes trabajos, en los cuales la reseña de las ideas económicas y de la personalidad del señor Ross no parece ser sino el pretexto para enfocar un estudio de la evolución social del país. En las páginas 19 a 40, inserta el autor un trabajo compuesto en 1941 y publicado anteriormente, con el título de “Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX hasta 1891”.

La segunda parte, que va de la pág. 45 a 175, contiene la médula de la obra, en la que se hace la exposición de las ideas económicas del señor Ross, utilizando las páginas de sus publicaciones. Desde la página 96 adelante se traza un esquema de la evolución social de Chile en los últimos 60 años, con informaciones interesantes, pero en el que se advierte a primera vista la falta de una

⁸⁰ Guillermo Feliú Cruz, *1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross. Ensayo de interpretación*, Santiago, Imprenta y Encuadernación Pino, 1950, Prólogo. En este libro, como capítulo introductorio, pp. 19-40, está inserto el estudio del autor “Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX hasta 1891”, publicado previamente en *La abolición de la esclavitud en Chile*.

doctrina fundamental. El señor Feliú tiene una acentuada tendencia a la generalización, no siempre justificada, y a sentar conclusiones discutibles. Desde luego las afirmaciones contenidas en la página 155 sugieren los más serios reparos, que sería largo puntualizar en una apostilla bibliográfica que no pretende más que dar cuenta de este libro.

Los tres capítulos finales, de carácter bibliográfico, en torno a la labor del señor Ross, son de gran utilidad.

La obra lleva un prólogo del señor Encina, don Francisco Antonio, harto característico de su pensamiento y de su suficiencia de magíster y que tanta impresión causa en el lector intonso. No deja de constituir una peregrina curiosidad que el prologuista, aferrado a sus inclinaciones polémicas, se esfuerce por derribar y anular de una plumada las conclusiones que se consignan en el texto de la obra”⁸¹.

Durante mucho tiempo existió –y aún quedan resabios– una polémica respecto si fue José Miguel Carrera o la Junta de Gobierno de 1813 la que estableció y fundó el Instituto Nacional. El profesor Feliú Cruz participó en el debate con una obra de 497 + XXXII páginas, publicada con prólogo de don Raúl Silva Castro, que tituló *La fundación del Instituto Nacional*. El mismo señor Silva reseñó este trabajo y sus opiniones y afirmaciones esclarecen el asunto y demuestran la prolijidad de la investigación del señor Feliú y la contribución que hizo con su libro. Dijo el señor Silva Castro:

“Como resultado de una polémica periodística, se ha publicado todo un libro en el cual don Guillermo Feliú Cruz pasa en revista las informaciones que nos han quedado sobre la fundación del Instituto Nacional. La idea primitiva de la organización de un colegio con esos caracteres fue emitida en el Plan de Gobierno que don Juan Egaña sometió a la consideración del Conde de la

⁸¹ Reseña de “R.D.” (Ricardo Donoso), *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 115, Santiago, 1950, pp. 450-451. El término “intonso” usado por el señor Donoso significa “ignorante, inculto, rústico”, Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, Editorial Espasa-Calpe, S.A., 1992, Tomo II, p. 1183. Las palabras de Donoso sobre el señor Encina no deben llamar la atención. El señor Donoso defendió a brazo partido la labor de don Diego Barros Arana, no muy bien tratado por el señor Encina, aunque en su *Historia de Chile* en 20 tomos (1940-1950) la utilizó más que frecuentemente. En su libro *Francisco A. Encina, simulador*, 2 vols., Santiago, Ricardo Neupert, 1969-1970, el señor Donoso arremetió en forma decidida contra el señor Encina, transformándolo en uno más de sus enemigos, tal cual sucedió con Carlos Walker Martínez, Pedro N. Cruz, Carlos Silva Cotapos, Arturo Alessandri Palma, José Miguel Irrázaval, Ramón Barros Luco, Federico Errázuriz Echaurren, Fanor Velasco Velásquez, Jaime Eyzaguirre Gutiérrez y otros. El señor Donoso fue una especie de “enfant terrible” de la historiografía chilena. Véase, a manera de ejemplo, Carlos Ruiz-Tagle, “Ricardo Donoso, el desconsagrador”, *Anales del Instituto de Chile*, 1988, Santiago, 1988, pp. 41-47, y la nota 87 de este ensayo.

Conquista en agosto de 1810. La iniciativa era reunir en un solo establecimiento los cuatro o cinco colegios coloniales que a la sazón se encontraban en condiciones precarias de funcionamiento, incluyendo no sólo a los secundarios sino también a los de grado universitario, como el Seminario y la Universidad de San Felipe. Tan audaz tentativa sufrió postergaciones; pero al fin venció la tenacidad del señor Egaña, y en agosto de 1813 se logró la instalación solemne del establecimiento. Lo extinguieron las autoridades de la Reconquista, pero renació de sus cenizas en 1819, gracias al empuje de O'Higgins. En la polémica referida se pretendió atribuir la creación del Instituto Nacional a don José Miguel Carrera. Pero los datos que proporciona el señor Feliú eliminan toda duda al respecto. Cuando se dieron los pasos decisivos para la apertura del colegio (concordato con la autoridad eclesiástica, informe de la junta de educación, etc.), el señor Carrera se había alejado de Santiago ante la necesidad de resistir por las armas la invasión de Pareja, libraba diversas acciones de armas en la provincia de Concepción, y, sobre todo, ponía sitio a Chillán. Es significativo que el mismo día 10 de agosto en que se verificó la solemnísimas instalación de Instituto, el ejército patriota comandado por Carrera, iniciaba el levantamiento del sitio de Chillán, que no había logrado el apetecido efecto: la rendición de las fuerzas realistas. Hay, pues, imposibilidad material, según se ve en este libro, para que Carrera contribuyese, como tal vez fue su deseo, a la apertura del Instituto.

Se reproducen muchos documentos y se ponen en contraste las informaciones de un historiador y de otro. Al final, queda en claro que el Instituto Nacional no fue fundado por don José Miguel Carrera, sino por la junta de gobierno que en 1813, durante varios meses, estuvo servida por don Francisco Antonio Pérez, don Agustín de Eyzaguirre y don José Miguel Infante, e integrada en algunos breves períodos por don Juan Egaña”⁸².

Un artículo de síntesis e interpretación del profesor Feliú, “La evolución política, económica y social de Chile. Ensayo histórico sobre los rasgos fundamentales hasta 1924”, inserto en los *Anales de la Universidad de Chile* (Nº 119. Santiago, tercer trimestre de 1960, pp. 45-85), mereció el siguiente comentario de la revista *Historia*:

“En la primera parte de este estudio el autor sienta la tesis de que en los años que van de 1860 a 1940, aproximadamente, “una oligarquía bancaria poderosa, prepotente y orgullosa, hará sentir el peso de sus decisiones” en el gobierno. Acoge después el autor la tesis de Ramírez Necochea de haber sido la

⁸² Reseña de “R.S.C.” (Raúl Silva Castro), *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Nº 45, Santiago, 1951, pp. 131-132. Otra reseña, firmada por “A.A.” en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 116, Santiago, 1950, p. 390. Suponemos que las iniciales A.A. corresponden a don Aniceto Almeyda Arroyo.

revolución de 1891 una reacción de los intereses heridos por Balmaceda en su gestión gubernativa, si bien deja a salvo la intención de quienes dirigieron la oposición contra el Presidente. Trata después del estado de las clases humildes durante el mismo periodo y del progreso de la idea de protegerlas por medio de la legislación. Se refiere por último al período parlamentario, expresando el juicio peyorativo que comúnmente se hace de él. Se tocan en este estudio materias de gran complejidad, que no parece puedan darse por dilucidadas en tan breves páginas. En varias partes de él falta la comprobación necesaria para admitir las afirmaciones que se hacen”⁸³.

En la amplia labor literaria del profesor Feliú destacan 30 prólogos (según la bibliografía de Manuel Cifuentes y Guillermo Fuenzalida) que en propiedad son verdaderos ensayos en que expresa su pensamiento sobre el tema tratado, sin que con ello avale los planteamientos del autor. El caso más notorio en este sentido es el prólogo al libro del profesor Hernán Ramírez Necochea, *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos* (Santiago, 1951) “en que no estuvo totalmente de acuerdo con su antiguo alumno” ... pero “hace allí una descripción chispeante del ambiente político, social y económico de la segunda mitad del siglo pasado”⁸⁴. Prologó también, entre otros libros, la *Historia de marina de Chile* de Carlos López Urrutia, la *Historia de Valdivia 1552-1952* de Fernando (Fray Gabriel) Guarda Geywitz, el *Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile* de Julio César Jobet, *El aislamiento de Chile* de Oscar Espinoza Moraga y otras monografías como también el Primer Apéndice y los tomos II y X del *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, y los documentos complementarios a los primeros 8 volúmenes de la misma colección.

En 1964, a través de Ediciones de la Biblioteca Nacional, el profesor Feliú publicó en 3 tomos la *Historia política y parlamentaria de Chile*, de Manuel Rivas Vicuña (1880-1937) –compuesta sobre la base de los papeles personales del político y diplomático– que cubren el período parlamentario desde 1891 hasta la administración Sanfuentes. En el tomo I, pp. XVII-XXXVI incluyó un “Esbozo biográfico” del autor, relevante por la síntesis y la cantidad de detalles que entrega y un estudio sobre “La obra intelectual en la política”, piezas que por su contenido erudito van mucho más allá de un prólogo. El tomo III lo integró con “Escritos y documentos de Manuel Rivas Vicuña y otros concernientes a su persona”, “Bibliografía parlamentaria de don Manuel

⁸³ Reseña (sin nombre de su autor), *Historia*, N° 1, Santiago, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, 1961, p. 303, ítem 84.

⁸⁴ Mellafe, “La obra de Guillermo Feliú Cruz”, p. 61.

Rivas Vicuña”, un índice temático general y un sumario de los tres tomos. La obra incluye 27 láminas, cada una con una somera explicación descriptiva. La obra del señor Rivas Vicuña fue reseñada in extenso por Fernando Silva Vargas en la revista *Historia*, quien advirtió que “La abultada publicación de la Biblioteca Nacional ha sido prologada por su director Guillermo Feliú Cruz. El advertido lector extrañará, ciertamente, el breve desarrollo que aquel ha dado al esbozo biográfico del autor, apenas veinte páginas. Con facilidad y agrado puede, en consecuencia, iniciar el examen de los escritos del señor Rivas”⁸⁵.

Finalmente no podemos terminar este ensayo sin referirnos al prólogo del señor Feliú al tomo III de la obra de don Arturo Alessandri Palma, *Recuerdos de gobierno*⁸⁶ que tituló “Alessandri, personaje de la Historia”, en el que junto con expresar la profunda amistad, admiración y comunión de ideas con el estadista, rebatió las afirmaciones de don Ricardo Donoso⁸⁷ y analizó la gestión del señor Alessandri en la conducción del Estado, las relaciones internacionales de Chile, las reformas sociales introducidas gracias a su acción de gobernante y parlamentario, las reformas económicas y financieras del país, la Constitución de 1925 y otras materias. El profesor Feliú señala que don Arturo Alessandri Palma “Al dejar de hacer Historia para incorporarse a la

⁸⁵ Reseña de Fernando Silva, *Historia*, N° 4, 1965, p. 340-344. Lo transcrito en p. 341. El prólogo del señor Feliú fue editado en 1965 por Nascimento en un folleto de 30 páginas, con el título de *Manuel Rivas Vicuña. 1880-1937. Esbozo biográfico*.

⁸⁶ Arturo Alessandri Palma, *Recuerdos de gobierno*. 3 tomos, Santiago, Editorial Nascimento, 1967. Tomo I: “Administración 1920-1925”. Prólogo: “El hombre de Estado, el político, el orador, el abogado”, por Carlos Silva Vildósola. Tomo II: “El exilio, otra vez en el gobierno. La lucha por la libertad. 1924-1932”. Prólogo: “Alessandri, estadista”, por Juvenal Hernández. Tomo III: “Administración 1932-1938”. Prólogo: “Alessandri, personaje de la Historia”, por Guillermo Feliú Cruz.

⁸⁷ Don Ricardo Donoso tuvo desavenencias personales con don Arturo Alessandri Palma que originaron un enconado ataque a toda su gestión política. La primera obra en que expresó su acometida fue “Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833”, inserta en el tomo IX de la *Historia de América* dirigida por Ricardo Levene, Buenos Aires, W.M. Jackson. Inc. 1941, pp. 331-496. Este trabajo fue publicado en forma de libro (210 pp.) con el mismo título, en 1942, por la Imprenta Universitaria. La segunda arremetida fue expuesta en *Alessandri agitador y demoledor. Cincuenta años de historia política de Chile*, 2 tomos. México, Fondo de Cultura Económica, 1952 y 1954. El señor Alessandri se defendió publicando *Historia de América bajo la dirección superior de Ricardo Levene. Rectificaciones al tomo IX*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1941, 162 pp., y más tarde con los *Recuerdos de gobierno*, ya citados, obras en las que, a juicio de los autores de este ensayo, el señor Feliú Cruz jugó un importante rol, especialmente en la última, publicada después de la muerte del señor Alessandri, en edición al cuidado del señor Feliú. La actitud del profesor Feliú hacia el señor Donoso queda bien expuesta en la obra del primero *Historia de las fuentes...*, ya citada, tomo IV, pp. 496-514.

Historia, el juicio le fue favorable. La perspectiva del tiempo dejará ver, con la diafanidad de la luz, lo que todavía oscurece el conjunto de su obra constructora. Aun suponiendo que la Historia Universal reduzca su nombre en el porvenir a dos líneas, esas dos líneas dirán: Alessandri representó en Chile la transformación política y social; Alessandri consolidó en Chile el orden político, jurídico y social en la primera mitad del siglo XX”⁸⁸.

Los autores de este ensayo no han podido ubicar ninguna reseña bibliográfica sobre *Recuerdos de Gobierno*. Solamente el Dr. Robert N. Burr, profesor de la Universidad de California, señaló que es “an indispensable source covering Alessandri’s two presidential terms and intervening years. Appendix include documents and a valuable 154-page index of Alessandri’s works as legislator and presidente as reflected in congressional documents from 1897 to 1950. V. 1 includes text of Recuerdos published in 1952”. Este texto en Griffin (Ed.), *Latin America. A Guide to Historical Literature*, ya citada, p. 530, ítem 5674.

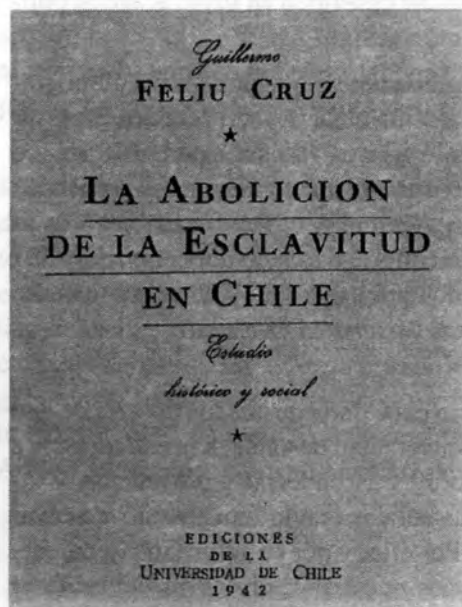
Haciendo una consideración final, no cabe duda de que los aportes de don Guillermo Feliú Cruz, profesor de la Universidad de Chile, a la educación y a la historiografía nacional fueron de enorme trascendencia y proyección, y sus obras permanecen vigentes como rocas sólidas dando fundamento a nuevas investigaciones o trabajos de síntesis. Por ello, y por su valor intrínseco, merecen ser estudiadas en detalle. Hacemos nuestras las palabras del profesor Rolando Mellafe Rojas, uno de sus más dilectos alumnos, quien afirmó:

“No puedo terminar sin volver a recalcar que Guillermo Feliú, además de ser un brillante historiador... es por sobre todas las cosas un maestro, siguiendo a Diego Barros en esta tradición que es tan chilena. Feliú fue una figura controvertida, hombre que podía ser polémico, agresivo, de tertulias y discusión fogosa en cafés y restaurantes; pero también de enorme cariño y comprensión hacia la juventud. Trasladó con los años las tertulias a su casa. Ibamos allí sus ayudantes todos los viernes. Los más asiduos éramos Sergio Villalobos y yo; pasábamos horas en su escritorio discutiendo con él. Sacaba uno y otro libro, cartas de otros historiadores, documentos. Nos hacía leer, cuando estábamos haciendo una investigación, lo que él pensaba que era indispensable y nos prestaba los libros, anotándolos uno por uno en un cuaderno que tenía para esos efectos. Salíamos de su casa a altas horas de la noche, cargados de libros, con la sensación de que no sabíamos nada, pero con la tremenda confianza de tener un maestro y amigo que nos apoyaba en nuestras inquietudes”⁸⁹.

⁸⁸ Feliú Cruz, “Alessandri. Personaje de la Historia”, Prólogo al tomo III de *Recuerdos de gobierno*, p. XL.

⁸⁹ Mellafe, “La obra de Guillermo Feliú”, p. 62.

En definitiva, Guillermo Feliú Cruz, un historiador, un universitario, un bibliotecario y un hombre extraordinario, cuyo recuerdo y enseñanzas son imborrables a pesar del paso del tiempo⁹⁰.



⁹⁰ Los autores de este ensayo agradecen la colaboración que les ha prestado Alejandra Ramos Henríquez, Bibliotecaria del Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

